La Ilustración Artística

Año X — Barcelona 6 de julio de 1891 — Núm. 497



PIERRETA INCROYABLE, cuadro al pastel de la señorita Ethel Wright

SUMARIO

LA SEXUALIDAD EN EL LENGUAJE

¿Os habéis parado alguna vez á reflexionar en el procedimiento que empleáis cuando, conocido el nombre de un ser, el *león*, por ejemplo, os encontráis con la hembra de ese ser y la llamáis *leona*? ¿Habéis parado mientes en la sencillez de ese procedimiento y habéis indagado por ventura si empleáis á veces otros para obtener el mismo resultado? ¿Habéis tenido la curiosidad de averiguar el origen de esa *a* que caracteriza en nuestra lengua á los seres del sexo femenino, metamorfoseando como por arte de magia los machos en hembras? Pues he aquí los misterios que os quiero revelar.

Dado que el lenguaje, en su sentido estricto de lenguaje articulado, no es otra cosa que la expresión, por medio de la palabra, de las sensaciones, ideas y voliciones del hombre, el espejo en que se refleja la naturaleza animada y la inanimada, con todas sus evoluciones, con todos sus matices, con toda su vida, nada más natural que el hombre, dotado de instrumento tan maravilloso, le haya utilizado desde un principio, con más ó menos reflexión, para darse cuenta á sí propio de todos los fenómenos del mundo exterior que herían su impresionable imaginación, dejando en ella, según su importancia aparente ó real, más ó menos profunda huella, tansportada en el acto, por misteriosas vías, al lenguaje.

En época imposible de determinar, pero que seguramente tuvo que coincidir con los albores de la humanidad, observó el hombre la diferencia existente entre los seres animados con relación al sexo, y llevado intuitivamente del natural deseo de traducir en su lenguaje la diversa impresión que en su espíritu hacían estos seres, excogitó un procedimiento adecuado para expresarla, procedimiento que varía según las lenguas, mostrando en su variedad la riqueza de medios de que la naturaleza dispone para producir idénticos efectos; estos variados procedimientos, estudiados en épocas muy posteriores por los gramáticos, son los que forman el contenido, en todas las gramáticas de las lenguas cultas, del capítulo consagrado á la exposición del *género* en los nombres.

¿Qué es *genero* gramatical? «Cierta cantidad de nombres reunidos bajo un punto de vista común que les es exclusivamente propio.» Esta definición dada por el ilustre redactor de los artículos gramaticales de la famosa *Enciclopedia*, Mr. Beauzée, es de todo punto inadmisible; porque aun aceptando - como en cierto sentido podría aceptarse - que el *género* esté constituído por «cierta cantidad de nombres,» ¿cuál es el «punto de vista común» que ha de presidir á su agrupación? Ni siquiera puede aplicarse esta definición al *género* como término de división superior á la *especie*, por adolecer del mismo vicio de falta de precisión. El género gramatical podría definirse, como lo hace la Academia francesa: «la relación de los nombres con lo que es macho ó hembra, ó considerado abusivamente como tal;» pero aun esta definición es defectuosa porque el género no es precisamente una relación, sino la expresión de esa relación; la propiedad que tiene el nombre de expresar la relación de sesualidad en que se encuentra, ó que encierra en sí mismo, mejor dicho.

El *sexo* en los seres animados y el *género* en las palabras que los representan, se corresponden mutuamente; á tal sexo tal género, como á tal género tal sexo. Si la palabra *perro* significa un ser de determinada especie, pero de sexo macho, y la palabra *perra* expresa ese mismo ser, pero de sexo hembra, es porque esa palabra es susceptible de expresar la relación de sexualidad en que ese ser se encuentra, marcando concretamente, en virtud del sencillísimo procedimiento de la permutación de su vocal final, si el ser en cuestión es macho ó es hembra. «La propiedad, pues, que tienen los nombres de expresar el sexo de los seres que representan,» esa y no otra es la definición del género gramatical. El género es al nombre lo que el sexo al ser.

El gramático Duclós en sus comentarios á la famosa Gramática de los PP. de Port-Royal afirma que «la institución ó distinción de los géneros es cosa puramente arbitraria, que no se funda en razón alguna, que no tiene la menor ventaja y que tiene muchos inconvenientes.»

Nada más fácil que refutar tan infundadas aseveraciones. ¿Cómo en efecto ha de ser la distinción de los géneros cosa puramente arbitraria? Podrá ser más ó menos arbitrario el procedimiento adoptado para hacer esa distinción; pero la distinción - aunque en muchas ocasiones no nos cuidemos de hacerla, cuando tratamos de seres insignificantes, ó cuando por cualquier concepto no tengamos interés ó necesidad de expresar su sexo, - la distinción, decimos, está por encima de toda arbitrariedad. ¿Cómo sostener que no tiene ningún fundamento esa distinción? Pues qué, ¿no reconoce por base la existencia incuestionable de la oposición de los sexos en la naturaleza? Si el lenguaje ha de ser la expresión fiel de la realidad, y en la realidad encontramos la existencia de los seres, ¿qué fundamento más sólido hemos de buscar para cimentar la existencia del *género* en las palabras? En cuanto á que la distinción de los géneros no tiene la menor ventaja y sí en cambio muchos inconvenientes, no acertamos á comprender cómo puede sostenerse en serio semejante tesis. ¿No es altamente ventajoso para una lengua cualquiera el poder expresar con la mayor fidelidad la mayor suma de seres con la mayor suma de caracteres diferenciales? ¿Es que para Duclós es un inconveniente en las lenguas la riqueza de su vocabulario ó la mayor facilidad que tengan las palabras para plegarse á todas las exigencias del pensamiento? ¿Son para Duclós más ventajosas las lenguas que dejan vagar sus expresiones en las nebulosidades de la indeterminación que las lenguas que aciertan á transmitir el pensamiento con la mayor fidelidad y determinación posibles? Entre la inflexible rigidez del nombre en las lenguas monosilábicas y la notable riqueza flexional de las lenguas indo-europeas, ¿cree Duclós más ventajosas las primeras que las segundas? ¿No es el ideal del lenguaje la expresión de toda la realidad sensible y suprasensible, con todas sus transformaciones y vicisitudes? Pues si una de esas distinciones existentes en la naturaleza consiste en la diferenciación de los sexos, ¿cómo ha de ser desventajosa la expresión en el lenguaje de esa diferenciación? ¿No es la aspiración más natural y legítima de todo el que habla el transmitir fielmente su pensamiento sin que haya lugar á equívocos ni dudas? Pues si yo quiero hablar de una *leona* y carezco de medios para hacer comprender mi deseo, y por efecto de esa carencia de medios se duda si me he referido á una leona ó á un león, ¿no será defectuosa mi expresión? Es verdad que por medio de circunlocuciones podría siempre dar á entender mi pensamiento; pero ¿no es más fácil, más natural y más ventajoso por lo tanto tener á mi disposición una palabra que exprese directamente lo que me propongo, que tener que apelar á perífrasis y circunlocuciones que revelan la pobreza de la lengua y la falta de precisión de sus vocablos?

Nuestro famoso Hermosilla, inspirándose sin duda en las afirmaciones de Duclós, asegura á su vez que «esta variación en los nombres (la del género) no es absolutamente necesaria, porque raras veces es indispensable expresar si el animal de que se trata es macho ó es hembra; y cuando sea conveniente, puede añadirse una palabra ó frase que le dé á conocer.» Hay en estas indicaciones parte de verdad y parte de error.

Por de pronto arranca Hermosilla de un concepto del género que tiene poquísima exactitud, en cuanto que identifica uno de los procedimientos empleados para la expresión del género (el de la variación desinencial en los nombres) con el género mismo. Claro que no es *absolutamente necesario* variar la terminación de los nombres en las lenguas, por cuanto que empleando otros procedimientos se consigue el mismo resultado; pero ¿es esto solo lo que Hermosilla quiere decir? No, seguramente. Como Hermosilla identifica el género gramatical con el medio que se emplea ordinariamente para expresarle en nuestras lenguas, resulta que viene á decir como Duclos, que la distinción léxica del género no es absolutamente necesaria, incurriendo por lo tanto, más ó menos conscientemente, en los mismos errores que Duclós, en cuya refutación, cumplidamente hecha, no hemos de insistir.

«La distinción de los nombres en dos géneros, *masculino* uno y *femenino* otro, conforme á los dos sexos - dice Bescherelle - está inspirada en la naturaleza; se haría mal en creer, con Duclós y otros gramáticos, que es arbitraria y de pura fantasía. Hubiera sido absurdo designar á todos los seres animados, aunque de sexo diferente, por el mismo nombre sin distinción de sexo, porque el lenguaje entonces no habría estado en armonía con los hechos, y porque nos hubiéramos visto siempre perplejos para saber de cuál de ambos sexos se hablaba, mientras no se hubiera establecido diferencia alguna entre su nombre común.

»En la gran clase de los seres animados - dice también Bescherelle - la naturaleza ha establecido dos divisiones que se ofrecen á nuestros ojos bajo el aspecto más patético. En todas las partes del universo se contemplan reunidos sin cesar al hombre y á la mujer bajo el mismo techo, al león y á la leona en la misma caverna, al ruiseñor y á su compañera en el mismo nido; doquiera tropezamos con una familia que la madre sustenta y el padre protege. Esta admirable distinción de seres que alimentan y seres que protegen impresiona vivamente el espíritu del hombre, sirviéndole de guía para determinar la clase de seres *masculinos* y la de seres *femeninos*. En la primera reune todos esos seres que la naturaleza creó poderosos y fuertes para que defendiesen de todo peligro á su cara familia, y á la más cara aún que le sustenta; en la segunda agrupó después todos esos seres débiles y buenos, cuya debilidad reclama constante protección y cuya bondad se encarga de alimentar y criar á los queridos seres á quienes ha dado vida.»

Reconocida la necesidad de la existencia del *género* gramatical, si el lenguaje ha de responder á la elevada misión que le está asignada, ¿cuántos y cuáles son los géneros gramaticales? Pregunta es esta que después de todo lo dicho no puede parecer más ociosa; y lo sería seguramente si el prurito de alambicar las cosas y de hacer distinciones arbitrarias no hubiera convertido esta sencillísima cuestión en materia de inacabables discusiones entre los gramáticos. ¿No se funda el género gramatical de las palabras en el sexo de los seres animados? Pues si los sexos son dos, macho y hembra, dos deben ser los géneros, masculino y femenino; si el género es á las palabras lo que el sexo á los seres, podemos establecer sin controversia alguna que el género masculino es al sexo macho lo que el género femenino es al sexo hembra, fijando así la perfecta correlación que debe existir y que existe positivamente entre la realidad observable y las palabras que la representan. Como de esta manera vendrían á quedar fuera del cuadro de la división de los géneros todas las palabras que no expresaran seres animados susceptibles de tener sexo, todo lo más que podría admitirse sería un tercer término en la división del género, término que marcaría la carencia de sexo en los seres; no era sin duda muy propia esta división tripartita, por cuanto que ese tercer término había de ser la negación del género, no cabiendo por lo tanto dentro de la división; pero como esta división no ha de ser solamente considerada en sí misma, sino con relación á las palabras, expresivas de seres, y todas estas palabras (llamadas *nombres)* pueden clasificarse con relación al género en nombres que significan seres machos, nombres que expresan seres hembras y nombres que indican seres que carecen de sexo, que no son ni hembras ni machos, ni lo uno ni lo otro, de aquí el que sin violentar demasiado las cosas, pueda admitirse en términos generales la división de los géneros en tres grandes grupos que abarcan toda la realidad: masculinos, femeninos y neutros.

Esto es sencillísimo y perfectamente armónico con la realidad; pero los gramáticos lo han entendido de otro modo, y en su afán de hacer arbitrarias distinciones, han complicado esta facilísima nomenclatura, añadiéndola otros tres términos, y creando así la revesada teoría de los seis géneros, tormento de las memorias infantiles obligadas á retener doctrina tan falsa como inútil. ¿Qué más géneros que los dos primitivos, *masculino* y *femenino*, con el neutro por añadidura, que en realidad no es género, sino ausencia de género, como Salvá dice, podía reconocer ni exigir el más delicado y minucioso análisis? ¿De dónde han podido sacar los gramáticos otros tres géneros más, bautizados con los nombres de *epiceno*, *común* y *ambiguo*? De la más lamentable confusión de la identificación del género gramatical con los procedimientos lingüísticos empleados para expresar-

le, fuente, como ya hemos tenido ocasión de notar, de errores no menos crasos.

¿Qué es, en efecto, el llamado género *epiceno*, voz exótica que aparece cual indescifrable jeroglífico en la tierna imaginación de los niños de la escuela, obligados á perder lastimosamente el tiempo en cargar su entendimiento con el bagaje de conocimientos tan indigestos como inútiles? Pues el género *epiceno* es sencillamente el que tienen los animales designados con el mismo nombre para el macho que para la hembra, como *el águila, la liebre, la perdiz*. ¿Qué es el género *común*? El de los nombres que se aplican á ambos sexos, pero que se diferencian por el artículo que les precede, como *el testigo, la testigo, el mártir, la mártir*. ¿Qué es en fin el género *ambiguo*? El de los nombres que, según la acepción en que se toman, son masculinos unas veces y femeninos otras, como *el orden, la orden, el frente, la frente*. ¿Hay nada más pueril que todo esto? ¿Qué razón hay para hacer un género del procedimiento que se emplea para distinguir el sexo de los seres de la especie humana diciendo *hombre, mujer*; otro género del procedimiento que se usa para distinguir el de la *perdiz* diciendo *perdiz macho, perdiz hembra*, y otro género, en fin, de un tercer procedimiento empleado para diferenciar *el mártir* de *la mártir*? ¿Por ventura el género de la *perdiz* deja de ser femenino, mientras yo no especifique si hablo del macho ó de la hembra, ni el de *el tigre* masculino, mientras yo no determine si me refiero á la hembra ó al macho? Dígase enhorabuena que hay nombres que sirven para designar sin variación alguna á machos y á hembras, siendo preciso para distinguirlos agregarles el aditamento de su sexo, pero no se hable de géneros epicenos; adviértase desde luego que existen otros nombres



¿DEVOCIÓN?, cuadro de D. Manuel Cusi (de fotografía de D. J. Martí)
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

sin variación genérica, que deben distinguirse por el artículo que les precede, pero no se hable de géneros comunes; semejantes hermafroditismos no tienen fundamento alguno. Por lo que hace al supuesto género ambiguo, ¿dejará *el orden* de significar una cosa y *la orden* otra, de todo punto distintas? ¿Dónde está la ambigüedad aquí? ¿Está en el género? No, supuesto que *el orden* es masculino y *la orden* femenino. ¿Está en la significación de esas voces? No, porque *el orden* representa una cosa y *la orden* otra, de imposible confusión. La ambigüedad está en la palabra misma, que reviste idéntica forma en ambos casos, *orden*, distinguiéndose únicamente por el artículo que la precede; pero si es así, ¿en qué se diferencia el género ambiguo del género común? En que el artículo que precede al nombre común determina simplemente el sexo del ser que representa, mientras que el que precede al nombre ambiguo determina la diversa acepción en que se toma la palabra. ¿Es este matiz base bastante para establecer distinción tan radical como la que debe separar un género de otro?

No hay género epiceno, sino procedimientos especiales para determinar el sexo de los seres designados con el mismo nombre para uno y otro sexo, como *la liebre macho, la liebre hembra*; no hay género común, sino procedimientos particulares para especificar el género de los nombres que pueden aplicarse á los dos sexos, mediante la anteposición del artículo, como *el mártir, la mártir*; no hay en fin, género ambiguo, sino palabras de múltiples acepciones que cambian de género según la acepción en que se toman, como *el orden, la orden*. No hay más que dos géneros verdaderos, *masculino* y *femenino*, como no hay más que dos sexos, macho y hembra, pudiéndose

LA VUELTA AL HATO, cuadro de D. Gonzalo Bilbao (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

englobar las palabras que representan todos los objetos que carecen de sexo, en lo que sólo por analogía y no sin cierta impropiedad podemos llamar género *neutro*, es decir, falta de género; género que no es género, porque no es ni masculino ni femenino. En todo rigor, deberían clasificarse las palabras en dos grandes grupos: *genéricas* ó susceptibles de *género*, é *ingenéricas* ó *agéneres*, faltas de género; éstas no admitirían subdivisión y las genéricas se dividirían en *masculinas* y *femeninas*, según que se refiriesen á los seres machos ó á los seres hembras.

No se crea, sin embargo, que descendiendo de estas consideraciones generales de filosofía gramatical al pormenor de la realidad de los hechos en las diversas lenguas, hayamos de encontrar exacta correspondencia entre los principios establecidos y los fenómenos lingüísticos observados; las infracciones son numerosas, aunque sólo como excepciones puedan figurar. Así encontramos lenguas como el mandchú, por ejemplo, del grupo tunguso de las aglutinantes, cuyos nombres carecen, al decir de los que han estudiado dicho idioma, de la expresión de género, sucediendo otro tanto con las australianas y las dravidias en su origen, y aun con las americanas, afirmaciones que sólo aceptamos con reserva y bajo la fe de las autoridades lingüísticas que las sustentan, creyendo más bien que en esta apreciación hay un error de concepto, y que probablemente sucede con el mandchú lo que pasa con el tibetano ó el annamita y con la mayor parte de las lenguas aglutinantes como con todas las monosilábicas, es decir, que emplean un procedimiento especial para la expresión del género, que no será ni el de la variación de la terminación ni el del uso de nombres distintos para designar el macho ó la hembra, sino el empleo de un nombre, común á ambos géneros, lo cual no quiere decir que el mandchú y las demás lenguas citadas estén incapacitadas para la expresión del género, sino que agregarán al nombre común significativo de la especie otra palabra significativa del sexo, cuando importe ó convenga determinar el sentido genérico de la palabra, medio harto conocido y frecuente, no sólo en las lenguas indicadas, sino hasta en nuestros cultos idiomas de Occidente. Se nos resiste, en efecto, creer que pueda haber ni una sola lengua que, ya directamente, ya por medios perifrásticos, esté imposibilitada para la expresión del género, lo que equivaldría á establecer que el pueblo que usase dicha lengua era tan ignorante que ni siquiera había observado en la naturaleza la oposición de los sexos, cuando no había sentido la necesidad de expresar esa oposición en su lenguaje.



TRIBULET, busto en bronce de Joseph Willems (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

Algo más positivo que este hecho es el de la existencia en el centro de Africa de una lengua, la lengua *pul*, clasificada entre las de la dilatada serie de las aglutinantes, en la cual la división de los géneros se aparta de la generalmente reconocida en todas las lenguas, pues á juzgar por las observaciones de Faidherbe, que ha hecho de la misma detenido estudio, divide todos los seres en dos grandes grupos; en el primero incluye sin distinción alguna á todos los seres humanos, hombres y mujeres; y en el segundo, á todos los demás, animados é inanimados. Esta singular distinción, perfectamente marcada, ha hecho que Faidherbe admitiese para la lengua *pul* dos géneros especiales, bautizados con los nombres de *hominino* y *bruto*.

Otras lenguas, también aglutinantes, como el algonquín y el iroqués, ofrecen la particularidad de agrupar todos los seres en dos grandes divisiones, incluyendo en la primera la generalidad de los seres animados y en la segunda todos los inanimados, con la singularidad de que las mujeres y los niños pertenecen al segundo grupo. De aquí el que los autores que se han dedicado al estudio de estas lenguas hayan tenido que admitir una especialísima división del género gramatical de las mismas en género *animado* é *inanimado*.

FERNANDO ARAUJO

(Continuará)

UNA BODA JUDIA EN VALENCIA

Á MEDIADOS DEL SIGLO XIV

Natham Creença, mancebo judío, de poco más de veinte años, huérfano y *flaquer*, dueño de una expendeduría de pan, situada no lejos de la puerta de En Esplugues en el barrio que habitan en Valencia los descendientes de Judhá, piensa, siguiendo las costumbres de su raza, que no puede permanecer más tiempo soltero sin acarrearse la burla y el desprecio de sus correligionarios. El mozo calcula además que con la cooperación de su mujer y el auxilio de su dote podrá ensanchar el círculo de su negocio, y como en 1350 y entre judíos no está en uso generalmente el galanteo, un día llama al agente matrimonial, ó *schadchem*, que aparte de este fructuoso oficio, desempeña también el de maestro ambulante de la aljama, y encerrándose con él le manifiesta sus honrados propósitos.

Le oye tranquilamente el viejo Samuel, como hombre muy acostumbrado á semejantes confidencias, y después de celebrar su prudente determinación, trata de inquirir hasta qué punto llegan sus exigencias respecto á la dote, circunstancias del mayor interés entre la gente hebrea. Señala nuestro hombre la suma, modérala el viejo, y después de muchos regateos llega á fijarse en definitiva. Además, no se olvida Samuel de recordar al pretendiente que sus derechos montan al cuatro por ciento de aquella cantidad, á cuyo abono no se opone el mozo, pues tal es la costumbre.

El schadchem sale á campaña desde luego, y como tiene en la uña todas las jóvenes casaderas de la aljama, pronto halla la que al buen Natham conviene. Llámase Anna. Apenas cuenta quince años. Su rostro de una palidez mate se encuadra bajo una toquilla que apenas encubre sus negros cabellos, como disponen las prescripciones thalmúdicas, y sus flexibles contornos se adivinan bajo el brial de modesta lana. Es humilde, laboriosa y adiestrada por su madre en los secretos de la economía doméstica, arte que ha llegado á la perfección en la familia hebrea. Con la aquiescencia de Natham, el casamentero entabla sus gestiones, y resultado de ellas es que el padre de Anna, acaudalado ropavejero, *peller*, acepta al novio por yerno y señala el día del convite en que debe hacerse la petición de la doncella.

Para este caso se ha dispuesto en la casa de Anna, sita en la calle de Abraham el Soñador, donde corriendo años habrá de levantarse la Universidad, un sobervio *khasmal*, convite de los desposorios. A él concurre el *hösen*, desposador, vistiendo su mejor sayo fruncido, en compañía de algunos parientes y concluye con el padre de la *kelé*, la desposada, las condiciones del contrato de boda. Se come y se bebe á discreción, y cuando el novio ha prendido al cuello de su amada un rico jazerán de oro, joya que la muchacha contempla pasmada de alegría, su padre se levanta y se coloca de pie en medio del aposento. Lleva en las manos un pedazo de yeso y una copa de vidrio. Con el yeso traza un ancho círculo en el suelo, dentro del cual van entrando los convidados para tocar una parte de su hopalanda. En seguida arroja la copa al suelo, de modo que se haga pedazos, gritando *masel tof* (que todo sea para bien). Los convidados recogen aquellos pedazos y repiten las mismas palabras, con lo que y con las diversas plegarias al Eterno, que se recitan en todos estos actos, queda terminada la ceremonia de los desposorios.

Corren luego algunos días, y la última semana, antes de la ceremonia nupcial, el *hösen* y la *kelé* se despiden de sus amigos y amigas, solteros y solteras,

con otro khasmal, que es como un adiós al celibato.

***

Llega por fin el día de la boda. El barrio judío se conmueve, y todos, parientes, amigos y curiosos, inclusos los pocos cristianos que habitan estas calles, ó mejor dicho, callejas, se disponen á celebrar el fausto acontecimiento. Los descendientes de Judhá circulan por todas partes, pero sin endomingarse, como los hijos de la iglesia acostumbran hacerlo en semejantes ocasiones. Sus vestidos son los ordinarios, y bien se conoce en la grasa de que están cubiertos y en el repugnante tufillo que despiden. La mayoría ni aun han tenido la humorada de lavarse las manos ni el rostro.

La casa de la novia se distingue de las demás por algunos tapices de *verdura* que adornan su puerta. La calle está enarenada de reciente y *enramada* con arrayán y hojas de naranjo. A entrambos lados del umbral siete ú ocho músicos llenos de harapos tañen como pueden varios instrumentos, cuyas extrañas formas dicen que ya se usaron en tiempo del rey David.

En esta casa hay un vasto aposento, sin más muebles que algunos escabeles y bancos, un arcón y una mesa, sobre la cual se ostenta, brillante y limpio, el candelabro de latón de siete mecheros, que únicamente se enciende los sábados.

En derredor de la mesa se hallan sentados los novios, sus padres, los funcionarios de la Sinagoga y los numerosos amigos de entrambas familias. Acerquémonos también, lector amigo, porque se trata de entregar la dote, y cuando entre judíos se da y se recibe dinero no hay detalle perdido. El padre de Anna, con semblante entristecido y tardos pasos, como si le aconteciera una desgracia, saca del arcón algunos sacos de monedas y los pone sobre la mesa, diciendo: «Este es el dote de mi hija.» A estas palabras, Natham, sin poder ocultar su impaciencia, se levanta, desanuda los cordeles de los sacos y cuenta con lentitud su contenido, examinando y haciendo sonar cada pieza. Cuando se ha convencido de que su suegro sabe contar bien, como él, recoge su tesoro en otro saco, y sin mirar siquiera á su desposada, que ha presenciado con interés la maniobra de su futuro esposo, se dispone á salir. En este momento Samuel, el casamentero, le toca en el hombro. Natham le mira y palidece. Unde la mano en el saco, cuenta algunas monedas, se las entrega al viejo y desaparecen, mientras la concurrencia grita: «Jehn (el padre de Anna) ha cumplido con honra.»

Luego llegan los regalos. Sábanas, tapices, escabeles, copas de vidrio y de metal, vasos culinarios y cuantos objetos de menaje pueden necesitarse para amueblar una casa judía se ofrecen por los amigos de los novios.

El *hazzan*, chantre de la Sinagoga, forma el correspondiente inventario. Terminado éste se citan todos para el día siguiente, en que ha de celebrarse la ceremonia.

***

Sobre la misma área, poco más ó menos, en que andando el tiempo ha de levantarse el monasterio de religiosas canongesas de San Cristóbal, existía en 1350 la Sinagoga mayor de la Judería de Valencia.

Robustos muros de hormigón, reforzados con algunos pilares de sillería, cierran un espacioso recinto, cuadrilátero, y sirven de apoyo á la techumbre, de madera de cedros del Líbano, según dicen los judíos, policromiada y con golpes de oro. La cubren preciosas tejas bronceadas construídas en Manises.

Su ingreso, precedido de una plazoleta, que sombrean algunos frondosos álamos, se abre al Occidente, en dirección á la plaza de la Figuera, no muy distante. Cruzando el umbral de la puerta, forrada de repujado y limpio bronce y pasando bajo su redondo y sencillo arco, se entra en el vestíbulo. En este lugar existen la escalera de la tribuna de las mujeres, que ocupa como la cuarta parte del sagrado recinto á los pies del edificio, una ancha puerta velada por un grueso tapiz de lino y la pila ó depósito de agua de las Purificaciones.

Sobre las desnudas paredes del templo israelita, cuidadosamente estucadas, resplandecen los dorados caracteres de algunas sentencias, tomadas de los libros mosaicos ó del Thalmud. La esplendorosa luz de los países meridionales, que penetra sin obstáculos por las ventanillas de medio punto abiertas cerca de la techumbre, convierte la Sinanoga en un aposento casi alegre y poco en armonía con el recogimiento que parece inherente al sentimiento religioso.

A entrambos lados de lo que puede llamarse nave, se extiende una triple serie de asientos de nogal bruñido. En la pared del fondo, de espaldas á Oriente, se halla una especie de armario, adornado con guirnaldas de vides y flores de granado, talladas con primorosa delicadeza, y cubierto por anchurosos cortinajes de velludo color de jacinto, sembrados de inscripciones hebraicas bordadas con oro. Este mueble, que recuerda el Arca Santa, y al cual los judíos llaman *Sépher*, contiene varios escritos sagrados, la ley ó Thora, los libros de Moisés, el de Esther, las Profecías, etcétera.

A poca distancia del Sépher se levanta la plataforma donde el hazzan y sus ayudantes se colocan durante los oficios para entonar sus cánticos al Eterno. Es su altura algo mayor que la de un púlpito cristiano, se sube á ella por dos escalerillas y se la adorna también con cortinajes y cordones de oro.

Aunque la claridad del templo hace innecesaria la iluminación artificial, penden del artesón varias lucernas de brazos en las cuales arden los cirios, que el ritual dispone se enciendan en las diversas festividades del culto judaico.

Desde el amanecer varias niñas han recorrido la judería convocando á sus habitantes con el grito acostumbrado para la celebración del matrimonio en la Sinagoga. A mediodía un grupo de hombres, entre los cuales se halla Natham, invade y ocupa el vestíbulo del templo. A poco suena una discordante música, compuesta de kinores, címbalos, vihuelas y sistros, y aparece en el estremo de la calle el cortejo nupcial. Precédenle una orquesta de ocho andrajosos músicos, á los que sigue la ruborosa desposada, en medio del círculo que forman su madre y otras mañonas judías, engalanadas con el traje del sábado. El de Anna, aunque no de una excesiva riqueza, descubre la buena posición de su familia. Viste la niña una holgada gonela de seda blanca, perfilada de pennas, pieles, larga de manos y aun más larga de cola, que le arrastra cuatro ó cinco palmos por el suelo. Una corta saboyana, hermana



ALTIVEZ, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de los Sres. Masriera y C.ª
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

de la gonela, pretende guardar su talle de las miradas indiscretas que se detienen examinando la cinta de aljófar que le ciñe, tan alto como permite el lindo *tirapits* de plata, obra morisca que adorna y cubre la parte superior del jubón. Una crespina, ó red de perlas, asegurada con una estrecha gandaya de oro, aprisiona sus negros cabellos, que apenas se distinguen entre la balumba de pliegues y repliegues que forma el prendedero de finísimo cendal que rodea su cabeza. Mitones entretallados de piel dorada cubren sus manos y parte de los brazos, y alkorques ó chapines de seda aumentan su estatura en mayor proporción que permite el uso. Por lo demás, ni un signo que revele la condición de la hebrea, según ordenan los fueros valencianos, caídos en desuso, mas no abolidos.

A la desposada sigue el rabbi con el padre y una confusa turba de gente de toda edad, sexo y clase.

Al atravesar el umbral se detiene Anna, á la que en seguida se reune Natham. Dos mujeres extienden sobre sus cabezas una faja de blanquísima lana con franjas de colores, *el thalet;* la multitud murmura una plegaria y llueve sobre los futuros esposos una lluvia de granos de centeno, expresión del deseo que abrigan sus amigos de que Janvhé fecunde aquella unión como lo hace con el grano de trigo en el seno de la tierra.

Entretanto el rabbi, que se ha adelantado, de espaldas al Arca Santa y frente á su reclinatorio espera á los novios. El hazzan y sus ayudantes suben á la tribuna y el *schamés*, sacristán, que ha dispuesto dos escabeles delante del rabbi, se esfuerza, aunque en vano, por establecer algún orden entre la turba masculina, que sin respeto alguno invade la triple fila de asientos.

Por fin se levanta el tapiz de lino y aparecen los dosposados. Crecen la confusión y el bullicio, los *sonadores* esfuerzan el tono de sus instrumentos, el hazzan y sus acólitos entonan á voz en grito sus salmos, y en medio de aquel alboroto Natham conduce á Anna, siempre entre su madre y las matronas judías, á tomar asiento delante del rabbi en los escabeles preparados al efecto.

De improviso á la anterior batahola sucede el más profundo silencio. El rabbi va á hablar. De pie comienza un corto discurso conforme á las circunstancias. Después de elogiar cumplidamente las virtudes domésticas de los venerables ascendientes de los desposados y la piedad de éstos, de excitarles á cumplir sus respectivos deberes y de encargarles la estricta observancia de las prescripciones religiosas, amenazándoles en otro caso con el castigo del Eterno, concluye deseándoles inacabable felicidad y numerosa prole que perpetúe su nombre y el de Israel. A seguida el ministro y los desposados se colocan bajo el *houppé*, dosel nupcial de velludo grana y oro, semejante á un pequeño palio católico, y mientras el hazzan y los cantores entonan nuevos salmos comienza el acto principal del casamiento.

Natham, que como todos sus correligionarios conserva cubierta la cabeza con su birrete empellejado, extiende sobre ella y la de Anna el ya descrito thalet. El rabbi recita algunas oraciones y presenta al desposado una hoja de pergamino en la que éste lee con profunda atención algunos preceptos del Talmud. Toma luego una copa de plata llena de vino que le trae el schamés, la bendice y la entrega á Natham, que aproxima los labios á sus bordes, y la pasa á la doncella, que hace lo mismo. Después el dichoso mancebo ofrece á su esposa un rico anillo nupcial, que ella coloca con alguna turbación en uno de sus dedos, y el rabbi termina el acto extendiendo sus manos sobre los esposos para bendecirlos.

Aún no ha concluído, sin embargo, la ceremonia. El schamés trae con grotesca gravedad sobre un disco de metal una ampollita llena de vino que Natham y su mujer llevan también á los labios, y cuando radiantes de ventura cruzan de nuevo al salir el umbral de la puerta de la Sinagoga, rodeados de la multitud que les aclama y felicita, oyen, no sin emoción, que el dependiente del templo estrella el frágil vidrio sobre la inscripción «masel tof,» esculpida para el caso en un extremo del vestíbulo. Así pretende recordar á la feliz pareja la fragilidad de las cosas humanas y la indisolubilidad del matrimonio, tan difícil de quebrantar como es difícil de rehacer la botella con sus pedazos.

***

La última parte del cuadro que se describe tiene lugar en un almacén propiedad del padre de Anna, que se ha desocupado y dispuesto para el khasmal. Innumerables grandes mesas y bancos se extienden de uno á otro extremo, notándose una pequeña, separada de las otras. Pronto ocupan aquéllas parientes y amigos y ésta ambos esposos.

Comienza el festín, compuesto especialmente de carnes, pescados y aves, no prohibidas por la ley, y dispuestas, después de sacrificadas según el rito judaico, con abundancia de miel y de condimentos aromáticos. También es grande, inmenso, el número de pasteles, frutas secas y tiernas, y no escasean los vinos tintos cocidos y claretes, sobresaliendo los del llano de Cuarte. Los comensales de la boda apenas toman asiento, sin guardar atención alguna, se apoderan de los manjares que apilan en sus platos y escudillas de Manises con reflejos dorados, y cada quisque se acerca un bernegal, ó pichel, para tener más cerca abundante licor de Baco con que facilitar la tragantona. Todos comen apresuradamente con los dedos y á dos carrillos, sin cuidarse de lo que les cae en las hopalandas y tabardos, cuyas manchas hacen comprender la poca delicadeza y el desaliño de sus dueños. Las sobras no vuelven á la cocina, sino que desaparecen, á puñados, en las inmensas escarcelas de cuero de los comensales. Entretanto los músicos no cesan en su infernal algarabía, el vino produce la expansión en los sombríos hijos de Judhá, que gritan, cantan, y gesticulan, interrumpiéndose alguna que otra vez para oir los cánticos que salmodia el hazzan ó depositar alguna moneda en el plato que va éste pasando de uno á otro convidado. Inútil es decir que la colecta forma uno de los derechos del chantre israelita.

Con esto llega la tarde, se apartan mesas y bancos, que se transforman en estrado, se abren las puertas y penetra en el almacén una porción de gente que no ha sido invitada á la comida. El recinto se ilumina á media luz con alimaras ó *velones* de varios mecheros, y comienzan las danzas. No hay pluma que describa aquel *pandemonium*, donde una turba excitada por los vapores del vino se agita, ondula y confunde en frenética rapidez. Es una mezcla abigarrada de trajes, ya ricos, ya andrajosos, de colores agrios é indefinibles, en cuya oleada sobresalen cabezas típicas con barbas grises ó negras, cubiertas con capuces, capirotes, chapeletes, ó papahigos, que alternan con rostros mujeriles, medio envueltos en tocas, prendederos, tocadores, y otras *lignarduras*. El ruido ensordece, sube la temperatura y casi falta el aire respirable.

En medio de esta agitación los hermanos de la desposada no pierden su tiempo, y aun á costa de empujones y codazos consiguen dar tres vueltas al baile, tendiendo una escudilla de metal en la que cada concurrente arroja su óbolo. Con el producto de la cuestación se paga á los infatigables sonadores, y el resto pasa sin escrúpulo á su bolsa.

Pero todo tiene término. Concluyen las danzas después de media noche, y los esposos con los íntimos regresan al domicilio conyugal. Allí se les sirve una nueva comilona que dura hasta el amanecer, y durante ella Natham y Anna son conducidos por fin á la cámara nupcial, cuya puerta se cierra con estrépito.

***

Al día siguiente todo ha entrado en caja. Cada cual vuelve á sus quehaceres de la vida ordinaria, solamente la aljama judía de Valencia cuenta con un candidato más que puede optar á sus cargos.

Jehová le bendiga.

A. DANVILA JALDERO

LA LETRA DE CAMBIO

(Conclusión)

III

¡Qué alegría la de Teodomiro al recibir la carta! Iba llena de amonestaciones y buenos consejos, pero nada pareció al joven más elocuente ni más conmovedor que el contenido de aquel papel sedoso, timbrado, de forma prolongada, que constituía la llave de su situación!

Poco le faltó para llorar, y si no lloró, bendijo en su interior una y mil veces á los bondadosos autores de sus días; y lleno de amor y veneración hacia ellos, besó la carta y la letra; sí, unas veces la letra y otras la carta.

Aquélla era á cuatro días vista, y deseoso Teodomiro de ganar tiempo, se vistió apresuradamente y corrió al Banco á hacer la presentación. No sin haber tenido que preguntar á tres ó cuatro porteros pudo acertar con la caja correspondiente, y acercándose al ventanillo que dice: «Letras y pagarés,» exhibió la suya.

Tomóla uno de los empleados que á la otra parte de la reja estaban, leyóla por delante y por detrás, por arriba y por abajo, y devolviéndosela al joven, dijo:

– Pasado mañana á cobrar.

– ¿No me la podrían hacer efectiva hoy? Se atrevió á decir, aunque con timidez, Teodomiro.

– Pasado mañana, repitió el cajero.

Nuestro aragonés bajó la cabeza, y algo contrariado salió de allí, guardando cuidadosamente en su cartera la preciosa letra.

Con febril impaciencia esperó la llegada del día venturoso en que debía realizar el cobro, y muy temprano todavía se levantó, se desayunó, acicalóse y se echó á la calle. No eran más que las diez, y en el Banco no había nadie; para hacer tiempo se fué á dar vueltas por los soportales de la plaza Mayor.

Dieron las once; el joven tomó casi al trote el camino del Banco y se fué derecho al ventanillo de marras. El mismo empleado de la antevíspera le dijo al recibir la letra:

– Tome usted turno.

Teodomiro observó entonces que había muchas personas sentadas en un largo banco adosado á la pared, y otras de pie, y que los pagadores iban llamando en voz alta á los que habían de despachar, según el orden de presentación de los documentos. Acomodóse, pues, junto á una ventana y esperó.

Media hora habría pasado cuando oyó pronunciar su nombre, é inmediatamente se acercó al despacho:

– Aquí falta firmar el recibí.

– ¡Ay! Es verdad. Haga usted el favor de una pluma.

Diéronsela, y el joven firmó.

– ¿Tiene usted cuenta corriente en el Banco?, le preguntó el empleado después de leer la firma.

– No, señor.

– Pues es necesario que le firmen á usted el conocimiento.

– ¿Quién?

– Alguien que tenga cuenta corriente en la casa, ó sea comerciante de los acreditados de ella.

– Si soy forastero y no conozco á nadie... Traigo la cédula... Mire usted.

– ¡José Batalla!, gritó el empleado.

Teodomiro recogió su letra, la dobló lentamente, y rojo de coraje, con los ojos hinchados, casi á punto de llorar, salió del establecimiento.

¡Qué decepción! ¡Él que creía que cobrar una letra de cambio era cosa tan fácil!

Completamente descorazonado se volvió á casa.

– Doña Robustiana: ¿conoce usted á alguien que tenga cuenta corriente en el Banco?

– ¿Yo? No, señor.

– ¿Y á algún comerciante de esta plaza que esté allí acreditado?

– ¡Oh! Eso sí: el de los ultramarinos, el carbonero, el de la tahona; todos están muy acreditados. ¿Qué quiere usted?

– Que me firmen el conocimiento en esta letra.

– No sé si querrán.

– ¿Por qué?

– Porque no le conocen á usted.

– Pero usted bien me conoce.

– Yo sí, pero ellos no.

– Nada se pierde en probar.

– Bien: probemos.

Y doña Robustiana se puso la mantilla, y acompañada de Teodomiro se fué á buscar la apetecida firma.

En la lonja de ultramarinos les dijeron que el encargado de la tienda no tenía poderes para firmar, pues esta facultad, así como el sello de la casa, se los había reservado el dueño que estaba al frente de otro establecimiento de la misma clase en la calle Ancha.

El carbonero no sabía leer ni escribir; y en cuanto al dueño de la tahona, dijo lisa y llanamente que no le daba la gana de firmar, pues ni conocía á Teodomiro ni á Doña Robustiana.

Esta, un poco picada, y el joven más que un poco cariacontecido, volviéronse á casa, donde, en unión de la hija de la patrona y otros dos huéspedes, comentaron prolijamente el suceso, lamentándose de que un establecimiento oficial de giro hiciera punto menos que imposible el cambio mercantil.

IV

Desde que Teodomiro se había quedado sin dinero, Esquílez no iba á buscarle; aquél por su parte no había hecho nada por verle, así que el madrileño ignoraba que su amigo hubiese escrito á su madre, y por consiguiente, la contestación que ésta le había dado.

Falto de su habitual compañía, y sobre todo de dinero, Teodomiro se veía reducido á comer el poco sustancioso cocido y la desabrida y pasada merluza frita que constituían la base invariable de la alimen-

tación en casa de doña Robustiana. Mas ya no podía frecuentar teatros ni cafés, mataba su aburrimiento paseando desde que acababa de almorzar hasta la hora de comer y desde que terminaba la comida hasta que el sueño y el cansancio le obligaban á buscar la cama.

La falta de dinero es una pena, pero la juventud es una riqueza, sobre todo en materia de amores. Teodomiro, en medio de su transitoria penuria, tuvo algunas *buenas fortunas*.

Una de sus amigas de Viena le encontró una noche en la calle de Cedaceros.

– No se te ve por ninguna parte.

– Salgo poco de casa.

– ¿Estás enamorado?

– De ti.

– Ven esta noche á cenar conmigo.

– No puede ser.

– Te convido. Precisamente nos reunimos en casa de Azela y va á haber un puesto vacío, porque el vizconde del Salmón, que ha sufrido una caída, tiene un pie dislocado y no podrá venir.

– Ni yo tampoco. No me gusta el papel de suplente.

– No seas animal: ya sabes que Azela te aprecia; y aunque así no fuera, bastaría que vinieses conmigo.

Tanto dijo, que al fin logró disipar los escrúpulos de Teodomiro y llevarle consigo.

La cena fué alegre: abundaron el Burdeos, el Jerez y el Champagne. Todos los comensales acabaron por *ver doble*. Después de la comida se jugó un poco, *naturalmente*, al monte. Teodomiro, que al principio se hizo el distraído, no pudo resistir á las repetidas instancias de la *señora de la casa*, y por no aparecer tacaño, hubo de apuntar, si bien *de pico*. En justificación suya contó la historia de la letra, y aun la sacó y la enseñó á *la sociedad*. El documento de giro pasó de mano y volvió muy plegadito á la de Teodomiro, quien lo volvió á guardar en su bolsillo.

Llegó la hora de retirarse, y Teodomiro, aunque se sentía poco firme, ofreció galantemente el brazo á su compañera, que apenas podía tenerse en pie. Salieron ambos á la calle y el fresco de la noche los acabó de marear.



LA CRUZ DE MI MADRE, estatua en yeso de D. José Berga y Boada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

La muchacha no podía seguir adelante, y Teodomiro, incapaz de llevarla, resolvió esperar á que pasara un coche. Ella se había sentado en un guardarruedas, y se oprimía las sienes con las manos; él estaba apoyado de espaldas contra la pared, con el sombrero echado atrás y el traje medio desabrochado.

En esto pasó Esquílez, que al fijarse en aquel extraño grupo reconoció á su amigo y á la que le acompañaba.

– ¿Qué hacéis aquí? ¿Se os han declarado en huelga las piernas?

– Noo... no, contestó con lengua estropajosa el interpelado. Estamos es...perand... un... coche pa que se lle...lleve á casa á esta dama.

– Déjala: ya se arreglará ella.

– ¡Indino! ¡Arrastrao! Y á ti ¿quién te da vela en este entierro?, prorrumpió la *dama* al oir las palabras de Esquílez. ¡Miren el gorrista! ¡hambrón! Sigue tu camino y déjanos en paz.

– Tie...ene razón: no es digggno de caaaballeros abandonar así á... un...a mu...mujer.

Afortunadamente en esto llegó un coche, al tardo paso de un jamelgo desmayado á quien deja en libertad su automedonte dormido. La muchacha se acomodó en el vehículo, y éste partió, quedando solos ambos jóvenes.

Sospechando Esquílez, por las circunstancias y la situación en que le había hallado, que el aragonesito tendría dinero fresco, le interrogó hábilmente, consiguiendo, sin gran esfuerzo, que le relatara la historia de la letra.

Esquílez tuvo que sostener más de una vez á Teodomiro, y que recogerle más de dos el sobretodo que le cayó al suelo. En uno de tantos traspiés, deslizáronse del bolsillo del desabrochado *smoking* de Teodomiro la cartera y algunos papeles, que Esquílez recogió y examinó con minucioso cuidado, mientras el otro, haciendo maravillas de equilibrio echaba una incoherente relación.

Al siguiente día por la mañana, no muy temprano, pues el mal humor retuvo en cama á Teodomiro hasta mucho después de haberle abandonado el sueño, se levantó el joven, y sentándose frente á una mesa púsose á cavilar sobre su extraña situación.

Como para materializar sus reflexiones, quiso contemplar la letra, objeto á la vez de sus contrarieda-

¿DÓNDE ESTÁ EL RATÓN?, cuadro de Luis Gasparini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)



RECUERDO DE GALICIA.-LA VUELTA DEL CAMPO, cuadro de D. Baldomero Galofre, existente en el Círculo de Reus



EL HEREDERO, cuadro de Jorge Van Den Bos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

des y sus esperanzas, y ¡oh sorpresa! El documento no estaba en la cartera.

En vano registró todas las bolsas y escondrijos de ésta; en balde vació todos los bolsillos del *smoking*, del sobretodo, del pantalón y hasta del chaleco: la letra no pareció.

El pobre se volvía loco.

– Pero ¿qué se había hecho la condenada?

Procuraba recordar. La noche antes la había sacado en casa de Azela, pero la había vuelto á guardar. Luego... luego no tenía idea exacta de lo que había hecho, pero no recordaba haberla vuelto á sacar. Juraría que no. Y sin embargo, la letra no estaba allí.

Corrió á casa de Azela, buscó á Esquílez; vió á la amiga con quien había ido la noche antes á la cena. Nadie le supo dar razón; pero Esquílez le iluminó.

– Pide una segunda.

– ¡Es verdad! ¡Qué bruto soy! No me había ocurrido.

Y sin perder momento, fuése al telégrafo, y expidió un despacho á su padre pidiéndole una segunda de cambio y recomendación para algún comerciante banquero que garantizara su personalidad.

Tres días después recibía Teodomiro un pliego conteniendo el duplicado de la letra y una carta de presentación dirigida por un banquero de Zaragoza á otro de Madrid.

Creyendo llegado el término de sus angustias, y firme y resuelto á tomar la vuelta de su tierra en cuanto cobrase el dinero y recogiese el pagaré y los efectos empeñados, se trasladó nuestro joven á casa del banquero que le había de garantizar, y obtenido este favor, pasó al Banco de España.

Presentó su letra, que dejó en manos del empleado pagador, y se sentó en el banquillo á esperar su vez.

Después de haber pronunciado los dependientes de la caja media docena de nombres y de haber desfilado otros tantos individuos contando el dinero ó examinando los billetes que les habían dado en pago, hubo un momento de silencio.

Teodomiro, que no quitaba ojo al ventanillo, acechando el instante en que le llamasen, observó que los dos empleados, con una letra en la mano, se consultaban en voz baja y le miraban. Luego uno de ellos tocó un timbre eléctrico y dió una orden al criado, que acudió al llamamiento y que se colocó después junto al ventanillo. En seguida oyó lo que con tanta ansia esperaba.

– Todomiro Cornichon.

– Servidor.

– ¿Es usted quien ha traído esta letra?

– El mismo.

– Hace tres días que se pagó, y como la nueva presentación al cobro tiene caracteres de una tentativa de estafa, se servirá usted ir con el señor (señalando al criado) á la Dirección.

Anonadado y confundido al verse imputado de estafador, el aragonesito fué llevado á presencia del director. Allí, sollozando casi, pudo sincerarse y demostrar que la víctima, no ya de la estafa sino del hurto, había sido él; pero como la letra primera que le exhibieron llevaba su verdadera firma y la fe de conocimiento de un comerciante de los *acreditados*, Teodomiro tuvo que resignarse á perder las dos mil pesetas, no sin admirar las ventajas del cambio traslaticio y la prudencia de los establecimientos de giro, cuyas precauciones para no pagar indebidamente pueden dar lugar á sucesos como el que le acababa de ocurrir.

JACOBO SALES

NUESTROS GRABADOS

Pierreta incroyable, cuadro al pastel de la señorita Ethel Wright. – La pintura al pastel, un tiempo muy en boga y más tarde punto menos que por completo olvidada, vuelve hoy á estar de moda, gracias principalmente á los esfuerzos de algunos eminentes pintores parisienses. También en España ha tomado gran vuelo este género, como lo prueba la Exposición celebrada el año pasado en Madrid, algunos de cuyos principales cuadros hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

El pastel que en el presente número publicamos es obra de una artista inglesa, pero el asunto, el título y la factura misma son esencialmente franceses, lo que demuestra la influencia que en este punto, como en tantos otros, van adquiriendo en todas partes los pintores de allende los Pirineos.

Pierreta incroyable constituye un cuadro encantador; el busto de la joven caprichosamente disfrazada es gracioso y simpático y está trazado con irreprochable corrección, y en el modo de estar pintado se adivinan, por lo que el grabado permite apreciar, la pastosidad, la suavidad de tonos, la infinita variedad de matices á que tan bien se presta ese género de pintura, en la que la señorita Ethel Wright demuestra ser maestra consumada.

***

¿Devoción?, cuadro de D. Manuel Cusi (de fotografía de D. J. Martí). – (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). — Aunque joven, hase dado á conocer Cusi por sus bonitos cuadros de caballete, de simpáticos tonos y agradable asunto, representando lindas cabecitas de mujer ó graciosas *flamencas*, constante representación, en diversas formas, del tipo nacional. En todos ellos imprime los caracteres distintivos de la mujer de nuestros países meridionales, retratando en su fisonomía y actitudes ese conjunto de sencillez y malicia, de delicadeza y desenfado, de bondad y abandono. Las obras de Cusi se recomiendan por la brillantez de su colorido, ya que para sus cuadros sírvenle de modelo algunas de las que arrancan con su *cante* frenéticos aplausos de los aficionados al *flamenquismo*.

Y téngase en cuenta que si bien este joven pintor dedícase preferentemente á esta clase de asuntos, cultiva con éxito otros géneros, según lo demuestra el notable lienzo que expuso en la Exposición Universal de Barcelona, justamente premiado por el Jurado calificador. En la general de Bellas Artes figuran cinco lienzos recomendables, y entre ellos el que reproducimos, notable por la buena disposición del asunto, por la corrección de líneas y por su armónica entonación, que determina la calidad de las estofas y de los accesorios.

***

La vuelta al hato, cuadro de D. Gonzalo Bilbao (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Al citar el nombre de Bilbao asalta á la imaginación el recuerdo de sus preciosas tablas de asuntos marroquíes, brillantes, preñadas de luz y vida, en las que á la par que representación de la fantasía oriental, manifiéstase la del artista sevillano, genuinamente español, que vierte en el lienzo la inagotable gama de su paleta. Á este género especial debe Bilbao gran parte de la reputación de que goza, por más que ha podido dar muestras de sus aptitudes en otra clase de obras, tales como *Dafnis y Cloe*, *La vuelta al aprisco* y la que reproducimos, premiadas en las Exposiciones Nacionales.

La vuelta al hato es un lienzo de relevante mérito, y que hallándose la escena representada al aire libre, ofrece dificultades, vencidas por el artista, que ha podido pintar las figuras en plena luz, sin descuidar la entonación ni los detalles. La escena es harto sencilla, pero real y perfectamente dispuesta, sin que se observen incorrecciones en los trazos ni decaimiento en la tonalidad, perfectamente sostenida y armonizada.

Réstanos hacer observar que Bilbao, á pesar de la importancia de sus obras, es un artista relativamente novel, puesto que hace pocos años, é impulsado únicamente por su entusiasmo artístico, trocó su bufete de abogado por el estudio del pintor. D. Pedro Vega fué su primer maestro, recibiendo después utilísimas lecciones de Palmaroli y Villegas, durante su permanencia en Roma y Venecia, en donde pintó sus celebrados cuadros *Esclavas en la terraza* y *El Santón Hamacha*.

***

Tribulet, busto en bronce de Joseph Willems (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – La obra del escultor belga M. Willems es una de las que más han llamado la atención de los aficionados é inteligentes en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona. Inspirada en el drama de Víctor Hugo *Le roi s'amuse*, ha logrado el artista crear en un busto el tipo del desgraciado bufón de aquel rey, á quien la historia califica como excesivamente galante. Ejecutada en bronce, por el procedimiento de la cera perdida, ha podido el escultor modelarla de modo admirable, dándole la expresión y carácter del personaje.

El Sr. Willems, profesor de escultura en la Escuela de Bellas Artes de Malinas, es uno de los artistas más distinguidos de aquel pueblo, que fué uno de los más preciados florones de la Corona de Castilla, patria de tan ilustres artistas. Discípulo del célebre Vander Linden y campañero de Cuypers y De Vigne, es Willems uno de los escultores que más honran á su patria. Sus obras principales, como el *Sueño del sátiro*, la estatua del general Dufoud, del poeta flamenco Tony Bergmann, del senador Carjeei, de la Justicia, etc., etc., figuran en los museos ó constituyen monumentos erigidos en Ginebra, Bruselas, Malinas, Tomnai, Sofía, etc., siendo considerable el número de las recompensas que ha alcanzado en las Exposiciones. En la de Barcelona creemos que también el Jurado habrá tenido en cuenta la valía del artista y la belleza de su obra.

***

Altivez, busto en bronce de D. José Reynés, fundido en los talleres de los Sres. Masriera y Compañía (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Varias obras escultóricas, fundidas en bronce, ha expuesto José Reynés en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona, destacándose entre todas ellas la que hoy reproducimos, quizás la más importante. En ella ha podido Reynés dar muestra de sus aptitudes, imprimiendo un algo de esa genialidad que tanto le distingue y que se observa en todas sus obras.

Actualmente hállase ocupado en ejecutar un gran jarrón decorativo, por encargo del Ayuntamiento de Barcelona, destinado á embellecer uno de los parterres del Parque.

***

La cruz de mi madre, estatua en yeso de don José Berga y Boada (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Hijo y discípulo del profesor de la Escuela de Bellas Artes de Olot, es este joven escultor, que apenas cuenta diecinueve años, una gloria para su pueblo natal y una esperanza para el arte patrio. Basta examinar su tan sentida como bien modelada obra, para convencerse desde luego de que el joven Berga comprende y siente el difícil arte que ha emprendido. El barro ha adquirido forma entre sus dedos, pero forma bella en su realidad, cual exige el modernismo, avalorada por ese sello que ha sabido imprimirle, que lo es de la genialidad del artista.

Felicitamos al Sr. Berga por su obra y por los elogios que ha merecido de la mayoría de los visitantes de la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

***

¿Dónde está el ratón?, cuadro de Luis Gasparini (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Venecia, la ciudad que guarda tan importantes obras artísticas y conserva tan gloriosas tradiciones, ha tenido en Gasparini un digno representante en la sección extranjera de nuestra Exposición. Dos cuadros ha remitido este aprovechado artista, ambos de asunto y carácter puramente nacional, notándose en ellos el buen gusto y la maestría de su autor. *¿Dovexelo sto sorze?*, titula en su dialecto el lienzo que reproducimos, que si bien de asunto asaz trivial y sencillo, le ha servido para hacer gala de sus aptitudes pictóricas. Las actitudes de las jóvenes acusan desde luego su situación, así como la de la airada anciana, que empuñando la escoba desea esgrimirla cual mortífero mandoble contra el atrevido roedor, causa de la zozobra y del desorden que reina en la habitación en donde se ha introducido, suspendiendo la labor de las asustadizas doncellas.

***

Recuerdo de Galicia. – La vuelta del campo, cuadro de D. Baldomero Galofre, existente en el Círculo de Reus. – No es el cuadro del Sr. Galofre una obra más lanzada al publico, obra de esas que nada significan á no ser mayor ó menor destreza en el manejo del pincel; no, la producción que ha venido á aumentar el largo catálogo de las del autor, creemos que está destinada á dejar huellas en la brillante carrera artística de éste, por ser una protesta, así contra ese realismo que se hace esclavo de la verdad, aunque la verdad sea fea y antiartística, como de ese idealismo cursi que rinde parias á lo bello, aunque lo bello resulte rematadamente convencional y falso. Entre estos dos extremos hay un término medio, y éste, en nuestro sentir, es el verdadero objetivo del arte: pintar la belleza verdadera ó la verdad bella, tal es el fin á que debe aspirar el artista.

Así lo ha entendido siempre nuestro distinguido colaborador, y cada una de sus producciones es nueva y elocuente protesta de adhesión á esa escuela, única que resiste á la acción de los tiempos y á los caprichos de la moda.

En *La vuelta del campo* vive la naturaleza y alienta Galicia; todo allí es robusto, todo trasciende á la vida campestre y libre. ¡Cuánta verdad y poesía en el paisaje ejecutado con pincelada segura y amplia, sin menoscabo del detalle que no llega nunca á ser fatigoso ni tampoco inventario de minucias! ¡Qué grandiosidad en la factura y en el sentimiento, cuánto arte en la disposición general!

Esta obra, que no vacilamos en incluir entre las mejores de Galofre, constituye sin disputa uno de los más preciados adornos de los espléndidos salones del Círculo de Reus, sociedad que apartándose del camino generalmente seguido por sus afines, consagra verdadero culto al arte y rinde el debido tributo de admiración á aquellos de sus paisanos que como Fortuny, Galofre y Llovera son otras tantas glorias artísticas de su patria.

***

El heredero, cuadro de Jorge Van Den Bos (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – *El heredero* de Van Den Bos ha sido uno de los lienzos que más han atraído la atención de los visitantes en la Exposición general de Bellas Artes y quizás la obra de mayor importancia entre las expuestas en la sección extranjera. Y preciso es convenir que ha sido muy justa la admiración del público, ya que es preciso inclinarse ante la gráfica manifestación del ingenio del artista flamenco, que con tanto acierto y delicadeza ha sabido representar á la reina viuda y á su augusto hijo. Sin recurrir á los efectismos, sin alardear de colorista, con una sobriedad de tonos admirable ha logrado Van Den Bos ajustar su composición al concepto que se propuso de una manera tan acabada, que todo respira en ella nobleza. Noble es la actitud de la dama que en pie y ostentando la regia corona ampara á su hermoso hijo, al heredero del trono, con el doble cariño de la madre y de la reina.

Las actitudes, la simpática expresión de sus parecidos semblantes, tanto la triste y pensadora de la reina como la indiferente del niño, los accesorios y la tonalidad y correctísimo dibujo acusan en Van Den Bos al verdadero artista, que subordina su habilidad pictórica al concepto y al sentimiento. Su nombre significa ya una representación. Sus cuadros *Sune de brigandage*, *Dans les roses*, *Charité*, *La parisienne noire*, y otros más, premiados en París, Gante y otras Exposiciones, son otras tantas glorias de este artista.

Réstanos hacer constar que *El heredero* quedará en España, pues ha sido adquirido por D. Fernando Miró, uno de los *amateurs* más inteligentes de Barcelona.

***

¡Sin pájaro! ¡Pobrecillo!, estatua en bronce de D. Torcuato Tasso, fundida en los talleres de D. Federico Masriera y Compañía (Exposición general de Bellas Artes de Barcelona). – Lucha empeñada trabóse hace algunos años, entre varios aprovechados jóvenes dedicados al cultivo del noble arte de la escultura, para alcanzar una plaza de pensionado en Roma. Todos y cada uno de los que formaban aquella brillante pléyade reunían valiosos títulos para hacerse acreedores al premio disputado. Júzguese, pues, cuál sería la importancia de las obras presentadas y cuántas perfecciones debió reunir la que distinguió el Jurado. El tema que desenvolvió el artista premiado, la estatua de *Narciso mirándose en la fuente*, mereció por parte de éste interpretación tan acabada, que inclinó á su favor el peso de la balanza, siendo proclamado vencedor en aquel noble palenque. Ya en Roma, dió pruebas D. Torcuato Tasso de cuán merecedor era de la distinción de que había sido objeto, modelando, entre otras esculturas de verdadero aliento, la colosal estatua de Velázquez, destinada á coronar el monumento que en Madrid debió erigirse á aquel célebre maestro.

De regreso á Barcelona ha continuado la senda tan brillantemente emprendida, produciendo obras tan recomendables como las que decoran el Arco de triunfo, ó bien otras de género distinto, pero perfectamente modeladas y rebosando genialidad, como la que reproducimos, que en unión de un notabilísimo retrato y algunas figuras, de no escaso mérito, figuran en la Exposición general de Bellas Artes de Barcelona.

VIZCONDESA

POR LEÓN BARRACAND. — ILUSTRACIONES DE EMILIO BAYARD

(CONTINUACIÓN)



... pasaba un rato estirándose y bostezando (pág. 413)

La existencia de estos últimos es demasiado conocida y rutinaria para dar pasto á la imaginación y al ensueño; la de los otros, por el contrario, encerrados tras una barrera impenetrable, donde sus sentimientos y preocupaciones pueden preservarse intactos y donde observan libremente sus nobles costumbres, utilízanse del misterio de la grandiosidad de que se rodean.

Pedro y su compañero llegaron en cuatro saltos al camino de que antes se desviaron para cruzar los cerros, y que les condujo directamente á la verja; encontráronla entreabierta, y bastóles empujarla para penetrar en el patio donde estaba el pórtico. Pedro levantó el pesado aldabón, y el ruido del golpe fué á perderse en los corredores del castillo.

Un momento después abrióse la puerta lentamente, y en el umbral apareció una anciana sirvienta; sonrió con dulzura al reconocer á Pedro de Cabrol, y sin decir nada apartóse para dejarle paso; pero en el mismo instante, saliendo de entre las faldas que la ocultaban y ocupando el espacio libre, apareció una niña que llevaba en brazos un pollo.

– ¡Ah! Pedro... exclamó.

Y ofrecióle la mano, fijó una rápida mirada en Gilberto, y alejóse gritando:

– ¡Aquí está Pedro!

Los dos jóvenes franquearon el vestíbulo, penetrando después en un salón de proporciones colosales, cuyas cuatro puertas-ventanas gigantescas debían dar al terrado. Los postigos no estaban abiertos, y solamente una débil luz se filtraba por las impostas como un rayo de sol en la semi obscuridad de una catedral. Aunque un poco cegados por la brusca transición al penetrar en aquella sala sumida casi en las tinieblas, vieron á la marquesa de la Fonfreyde.

Estaba sentada en el fondo de la habitación entre dos ventanas; al oir ruido de pasos, quitóse las gafas, púsolas con el diario que leía sobre un velador que tenía á su lado, y levantóse, mostrando una figura arrogante aunque algo encorvada por la edad.

Pedro adelantóse para saludarla, y después presentó á su amigo.

– Sí, ya se... dijo la marquesa con acento benévolo y voz algo ronca.

Al mismo tiempo invitaba á los jóvenes á sentarse, mientras Gilberto se extrañaba interiormente de ser conocido de la marquesa.

Los dos tomaron asiento, cada cual á un lado de la dama, y Blanca se colocó enfrente, en una sillita, oprimiendo aún contra su pecho el pollo, que á veces agitaba las alas esforzándose para escapar.

La marquesa explicó á Gilberto que había visto al señor Maujeán con motivo de un pleito; había ido á exponer sus razones ante sus jueces, y quedó muy complacida de ellos, sobre todo del presidente. Después, dirigiendo la palabra á Pedro, preguntóle por su madre y su hermano, refiriéndose después á todas sus relaciones... Como esta conversación no interesase á Gilberto, éste se aprovechó para examinar á la niña, cuya fisonomía le llamaba ya la atención.

Sus ojos, negros y brillantes, tenían una expresión picaresca; el rostro era redondeado, la tez blanca; la cabeza no presentaba aún todo su carácter, no era sino el bosquejo de lo que debía ser más tarde, pero por esto mismo parecía más encantadora, como esos ligeros croquis de artistas, cuyo atractivo está precisamente en que no están concluídos. La nariz, algo corta, pero recta y firme, parecía predestinada á no deformarse nunca, y su perfil se marcaba claramente sobre un labio arqueado, que permitía ver los blancos dientes. Uno de éstos, el incisivo superior, estaba ligeramente puesto sobre el inmediato, particularidad extraña, especie de protesta contra lo trivial de una belleza demasiado regular, que debía comunicar á la suya un carácter original para que se grabase en la memoria por un rasgo distintivo é inolvidable.

El cabello, corto por delante, diseminábase sobre la frente á manera de cola de golondrina, y detrás flotaba suelto sobre su cuello, en el que brillaba la cadenilla de una medalla.

El vestido, listado de rayas de vivos colores, dejaba descubiertos sus hombros de adolescente, un poco delgados aún, en los cuales se veía ondular á cada movimiento las ligeras prominencias de los huesos. Alegraba los ojos contemplar aquel cutis tan fino y de tan delicados colores, pasear la mirada por los frágiles brazos y fijarla después en el ligero rasguño que tenía en el codo, y que era muestra clara de su edad y de la turbulencia y el aturdimiento de sus juegos. Tampoco estaba bien formada la mano todavía; los dedos eran largos y delgados, con las uñas algo mordidas y circuídas de ligeros rasguños que teñían de un color sonrosado el extremo de las mismas. Y con esa mano la niña acariciaba al pollo, que á cada momento levantaba la cabeza vivamente y al parecer irritado, con ojos de cólera.

– Hija mía, díjole su abuela, nunca dejarás ese feo animal. Al fin te llenará de piojos.

– ¿Tienen los pollos piojos?, preguntó la niña sonriendo.

Esta palabra, pronunciada por sus labios, tenía una gracia á que comunicaba mayor encanto la inocencia de la sonrisa. Blanca siguió, á pesar de todo, acariciando al pollo: habíase éste roto una pata, y la niña la estiraba hacia adelante para mostrar como una curiosidad las cañitas y los hilos que la sujetaban.

– El hospital sigue llenándose, dijo la marquesa; pronto veréis también un gato joven... Yo no sé hasta dónde llegará esto.

Pero aunque se burlase, veíase que se complacía en hacer valer á los ojos de Pedro la bondad de corazón de su nieta y la compasión que le inspiraban todas las desgracias. Desde aquel mismo instante Gilberto sospechó la buena inteligencia de las dos familias para casar más tarde á Pedro con la niña. La edad, la fortuna, la posición social; todo convendría á la vuelta de algunos años. Y al mirar á Blanca de nuevo, causóle pena lo que acababa de descubrir.

Sus ojos, acostumbrados ya á la sombra, distinguían ahora mejor á la marquesa, sentada de espaldas á la luz. Su cabello blanco ocultábase en parte bajo una gorrita de hilo cuyas cintas se unían en la parte superior de la cabeza, formando un lazo; su rostro tenía esa palidez que parece indicar el paso de las lágrimas; y en sus facciones surcadas de arrugas, en su sonrisa de resignación, en aquellos ojos negros, que revelaban la perpetua ternura, podíanse reconocer las señales del pesar que le había causado la muerte de su hijo, el oficial de Africa, la de su esposo, y tal vez, en fin, las penas que este último le causara en vida, pues el general, á juzgar por lo que de público se decía, había sido un calavera, y siguió siéndolo hasta muy entrado en años. Todos sus modales, sumamente sencillos, indicaban la completa renuncia á toda pretensión; pero la altivez de su carácter se reconocía aún en el movimiento de la cabeza, en



.... apareció una niña que llevaba en brazos un pollo



... divisaron el bonito valle que delante de ellos se extendía y á cierta distancia el castillo de Mareuil (pág. 413)

la curva imperiosa de la nariz y en la decisión del ademán. Vestía un ligero traje blanco de mañana. de falda recta y mangas largas, notándose en todo el conjunto el más escrupuloso aseo, que es la coquetería de las viejas. La marquesa tenía ya cerca de setenta años.

– Será preciso enseñar las gacelas al señor Maujeán, dijo de pronto.

El oficial de spahis había enviado en otro tiempo una pareja de estos graciosos animales, que se guardaban en un ángulo del parque. La marquesa, al expresarse así, se dirigía á su nieta, que comprendiéndola al punto se levantó: era una manera de indicar que la conversación había durado bastante.

La marquesa, apoyándose en su bastón, condujo á sus visitantes hasta la puerta.

– No acompaño á ustedes, les dijo, porque temo el sol y no suelo alejarme de mi rincón.

La anciana volvió al sitio que antes ocupaba, calóse las gafas y continuó su lectura.

Blanca subió ante todo al primer piso, para entrar en la habitación donde habían instalado su hospital, como decía la marquesa; dejó en el suelo su pollo, que dió algunos pasos cojeando y después comenzó á picar los granos de trigo allí diseminados.

En aquella estancia veíase un conejo herido, que roía hojas de col: el pobre animal se había refugiado entre las piernas de la niña cierto día que el cocinero iba á fusilarle en la conejera, y merced á esto obtuvo gracia: acurrucado en un rincón como avergonzado y mirando con ojos inquietos había también un gato de pelaje amarillo, cuyo cuello había engalanado Blanca con una cinta. A pesar de este adorno, conservaba su aire rústico de gato del campo, y cuando la niña le paso entre sus brazos para acariciarle, Pedro no pudo menos de sonreirse. La diferencia entre la naturaleza de la niña y la suya se manifestaba en esto: él, muchacho cruel que ahogaba las hormigas, no se habría cuidado á buen seguro de los gatos perdidos ni de los pollos enfermos.

En la cuadra, que fué visitada después para que los jóvenes vieran el borriquito de Blanca, promovieron un altercado, porque Pedro quiso montar en el cuadrúpedo que la niña defendió intrépidamente.

Luego, al pasar de nuevo por el vestíbulo, Blanca se cubrió la cabeza con un gran sombrero, y precediendo á los dos muchachos, dejando oir al andar el grato roce de su vestido de seda y ver sus hombros desnudos que el sol besaba y su rasguño en el codo, en el cual no cesaba de fijarse la atención de Gilberto, hízoles dar la vuelta al castillo para penetrar en el jardín.

Iban recorriendo todas las espesuras sin ver las gacelas, y al fin detuviéronse en el gran estanque donde los cisnes nadaban.

Blanca los llamó desde la orilla: en aquel momento, su figura inundada de luz era encantadora; con los brazos extendidos, moviendo los dedos como si desmigajara pan, é inclinándose sobre el agua con un movimiento que ahuecaba su corta falda de seda, dejando ver la bien contorneada pierna, estaba verdaderamente seductora. El aire de importancia que se daba, aquel sombrero de paja de forma extravagante, adornado con un enorme ramo de flores; todo la engrandecía y realzaba, haciéndola parecer de más edad. Estos encantos perturbaban á Gilberto, cuyo corazón virgen no deseaba más que enamorarse, y cuyos primeros entusiasmos, como en todas las almas inocentes, debían convertirse desde luego en culto.

Pero no era sólo él quien se sentía hechizado; también Pedro parecía fascinado; y en aquel hermoso día iluminado por un sol espléndido, tal vez en su ser se despertaron los sentidos menos inocentemente que en Gilberto. No era bastante hábil para disimular su secreta inquietud, y mostrábase atrevido con Blanca, tocando continuamente con las puntas de los dedos la cadenilla que la niña llevaba al cuello, y estirándola por detrás como por diversión, sin cuidarse de Gilberto, ante el cual hacía gala de aquella franqueza que se suele manifestar á un subalterno. El joven por su parte apartaba la vista, admirado de lo que veía y algo resentido de las familiaridades de su compañero. En cuanto á Blanca, muy entretenida con sus cisnes, apenas hacía caso de todo esto.

De repente deslizáronse en el fondo de una avenida rápidas como dos flechas las siluetas de dos gacelas, con la cabeza levantada y las patas extendidas; pero aquella aparición fué rápida, impalpable, como la sombra de una nube que pasa tocando el suelo. Los chicos se lanzaron en su persecución, pero inútilmente, pues no dieron alcance á los animales ni volvieron á verlos.

En estas distracciones se pasó el tiempo hasta la tarde: al despedirse los visitantes, Blanca ofreció la mano á Pedro, y estrechó también la de Gilberto, pero como para cumplir con un deber de cortesía; comprendíase bien que el nuevo amigo no le interesaba gran cosa.

De vuelta á su casa, Gilberto comenzó á interrogar á su madre con una curiosidad inusitada respecto á su familia y su más lejano parentesco, remontándose de edad en edad y de abuelo á bisabuelo. Tal vez pensaba encontrar por lo menos en los matrimonios de sus antepasados algún vestigio glorioso, un nombre con partícula, un átomo de nobleza que pudiera satisfacer su ambición y que le habría realzado á sus propios ojos.

Por lo que hacía á la línea materna no pudo abrigar la menor duda: sólo había en ella gente de negocios y nombres del todo plebeyos. Después pasaron á la ascendencia paterna; pero en este punto las noticias de la señora Maujeán eran menos detalladas.

– Si quieres datos, dijo á Gilberto, busca en el granero el cofre grande, y tal vez encúentres allí lo que necesitas.

El enorme baúl contenía todos los antiguos documentos de familia, actas de venta, contratos matrimoniales, etc... El corazón del muchacho latía de esperanza cuando sus manos temblorosas desdoblaban los papeles cubiertos de polvo, pues no creía posible que en ellos se hubiera podido escribir otra cosa sino aquello que debía ilustrar á sus abuelos. Sin embargo, no encontró más que la certidumbre de su humilde origen.

Su abuelo, padre del presidente de tribunal, era hombre de negocios, corredor de fincas, y también había sido intendente de una familia noble de los alrededores, ya extinguida. ¿Nacían de él mismo y del ingenuo entusiasmo de su madre aquellas aspiraciones aristocráticas, aquella afición singular que le atraía hacia una casta á la que él no pertenecía? Vió que el nombre de su abuelo, por deberes de su cargo, andaba mezclado en todos aquellos papelotes con muchos títulos, y esto le lisonjeaba un poco; pero el tatarabuelo de Gilberto no era más que un insignificante hortelano de la llanura de Chatillón, propietario de una reducida tierra que compró con los ahorros obtenidos de su trabajo. Había nacido en el mismo Fonfreyde, aquel caserío perdido en las últimas mesetas de la montaña; de modo que no era imposible que él ó sus antecesores hubieran sido siervos de aquel señorío, que debía englobarlos en su vasallaje. Este ascendiente paterno fué un verdadero campesino, un trabajador de manos callosas. Careciendo de instrucción, firmaba su nombre de Maujeán con un garabato, y no sabía leer. Gilberto se dió al fin por satisfecho de sus investigaciones geológicas.

Con frecuencia hablaba á Pedro de su visita á Mareuil, proponiéndole repetirla; pero el muchacho encontraba siempre pretextos para rehusar; y al fin adivinó que la condesa no llevaba á bien que fuesen allí juntos. La unión de Pedro con Blanca no era más que un proyecto, una especie de sueño de las dos familias en el dominio de las cosas realizables, pero del cual no se había hablado nunca por una ni otra parte. Inútil era despertar sobre este punto las sospechas de un extraño, exponiéndose á que la noticia circulara antes de lo conveniente.

Pedro rehusaba acompañarle; mas Gilberto no pudo resistir. Sus pasos le conducían maquinalmente en dirección á Mareuil; vagaba solo por los cerros y no se detenía hasta que divisaba en lontananza los tejados del castillo; entonces dejábase caer sobre el césped y pasaba allí largas horas, con los ojos fijos en el terrado, investigando las ventanas, esforzándose para ver quién se hallaba en los patios, y siempre con la esperanza de que Blanca pareciese de improviso. ¡Ah! ¡Cuánta distancia mediaba entre los dos! ¡Estaba separado, perdido para ella, más aún por la barrera que el mundo elevaba entre ellos que por los altos muros y el parque ilimitado del castillo! ¡Qué importancia adquiría á sus ojos aquella hija de noble raza, aquella débil



La marquesa, apoyándose en su bastón, condujo á sus visitantes hasta la puerta

heredera de un nombre ilustre y de una fortuna inmensa, que vivía allá en otra esfera distinta de la suya!

Gilberto había leído algunas novelas, y sabía que estas desigualdades de clase constituyen el resorte de muchas intrigas. El amante, á pesar de la humildad de su nacimiento, acaba siempre por triunfar con el auxilio de sus bellas cualidades y una excepcional grandeza de carácter; pero también comprendía que las cosas no pasan así en la realidad. No obstante, sin quererlo, llegaba á transformarse poco á poco en uno de esos héroes, y en el nuevo personaje su imaginación trabajaba sin que pudiese contenerla, asociando á Blanca con su porvenir y mezclándola con no sé qué futuro novelesco, cuyo desenlace no le era posible prever.

Y cada vez se mostraba más meditabundo, amante de la soledad é inclinado al ocio. No se alejaba nunca de los alrededores de Mareuil; su corazón vivía allí, y contaba con la casualidad de algún encuentro, aunque por otra parte le temía. No ignoraba que la niña salía algunas veces con su aya para pasear fuera del parque, en los senderos de las colinas, y buscaba en la arena de éstos la huella de sus pequeños pies; pero solamente veía las señales de los grandes zapatos de los campesinos.



En aquella estancia veíase un conejo herido... (pág. 428)

Sin embargo, cierto día que caminaba por las orillas del Herblette, oculto entre las cañas y el ramaje de los arbustos, vióla pasar en su coche, del que tiraba el borriquito; la niña iba con su aya y fustigaba alegremente al animal, que corría por la pendiente arenosa, produciendo sonidos argentinos con su bonito collar de cascabeles. Blanca no vió al joven y desapareció á lo lejos, extinguiéndose con la distancia el ruido alegre de las campanillas. Entonces Gilberto probó por primera vez la amargura que más tarde había de experimentar cuando, perdido entre la multitud, la vería dirigirse al Bosque en el aislamiento orgulloso de su coche.

Poco á poco se envalentonó hasta el punto de acercarse á los jardines, y muy pronto estuvo en la parte más alta del talud, á corta distancia de la empalizada y frente á un claro que le permitía observar á través de la espesura. Vióla pasar una vez llevando en la mano una redecilla dentro de la que bailaban algunas cortezas de pan, y dirigirse hacia el estanque, sin duda para dar de comer á los cisnes. Gilberto llevaba un ramo de flores silvestres cogidas en los cerros y lo arrojó con toda su fuerza, yendo á caer á los pies de la niña, que profiriendo un grito huyó sin volver la cabeza. El joven permaneció un momento inmóvil y palpitante por su atrevimiento, á la vez que algo temeroso del resultado. Pocos momentos después vió de nuevo á la niña que volvía con su aya, y reparando que ambas miraban con precaución en lo hondo de los taludes, comenzó á correr para no ser visto.

Esto no le impidió volver, en otras ocasiones, pero habríase muerto de vergüenza y de confusión si le hubiesen sorprendido á la orilla de aquel sendero que flanqueaba la espesura, en aquellos matorrales de espinos y de eglantinas silvestres, entre los cuales se ocultaba. Estaba siempre con el oído atento y fija la vista á lo lejos para evitar toda sorpresa; pero no le valieron estas precauciones.

Cierto día vió á Pedro surgir de repente ante él; sonrojóse al mirarle y permaneció sentado en la hierba; su corazón latía apresuradamente y observaba con inquietud á su amigo. Pedro soltó la carcajada.

– ¿Venías á ver las gacelas?, le preguntó.

Su compañero mismo le facilitaba la mentira que no le ocurría á Gilberto.

– Sí, contestó.

– Pues no las verás, porque las han encerrado en su establo de invierno... Acabo de hacer mi visita de despedida á la marquesa y á Blanca, que se marchan mañana á París, y yo iré á reunirme con ellas dentro de algunos días.

Los dos jóvenes emprendieron juntos y charlando el regreso á sus casas; pero Gilberto estaba triste, y habló poco.

III

Cuatro años transcurrieron sin que volvieran á verse, pero se escribían. Pedro se preparaba para sufrir los exámenes en Saint-Cyr, donde al fin fué admitido.

Gilberto había cumplido ya veinte años, y proponíase estudiar Derecho; un atractivo irresistible, en el que se mezclaban la amistad de Pedro y el recuerdo de Blanca de la Fonfreyde, llamábale á París. Su madre consintió en dejarle ir á la capital, acompañóle allí y fuése á vivir con él.

Entonces se reanudaron sus relaciones con Pedro. Cada vez que éste salía de Saint-Cyr consagrábale todo su día de asueto, y en tales ocasiones no era raro que la Condesa de Cabrol le invitase á comer.

También se dispensaba á su madre esta atención: la condesa había acabado por conocer á fondo á su amiga, comprendiendo que, gracias á una discreción innata en ella, no sería nunca molesta ni comprometedora. Por eso le concedía en su intimidad todo el lugar que la señora de Maujeán parecía rehusar, procurando por el contrario no traspasar nunca los límites que se había propuesto, y esta intimidad se agrandaba tanto más cuanto más quería empequeñecerse la madre de Gilberto. Sin embargo, la condesa quería que la acompañase todos los días de recepción.

La señora de Maujeán escuchaba y miraba, y su presencia no parecía extrañar ya á los visitantes, que veían en ella á una persona familiar en la casa. Después de retirarse la última visita, la condesa se acercaba á su amiga, y poco á poco la conversación se refería á Blanca y Pedro, manifestando la madre de éste esperanzas de verlos unidos á la vuelta de pocos años.

Al volver Gilberto á su casa, recibía el peso de todas estas confidencias, y experimentaba indecible amargura, como si se hubiese dispuesto de alguna cosa que le pertenecía. Aunque no habían vuelto á ver á Blanca, la impresión que ésta produjo en su ánimo no se había borrado nunca; parecíale que un pacto secreto, cuando menos de su parte, le unía á ella, y que se tejía una trama invisible y misteriosa para enlazarle con él cada vez más. En aquel momento mismo, hallándose en París, y siendo bastante dueño de sus acciones, el recuerdo de Blanca tal vez le libraba de alguna de esas cadenas con que tan fácilmente se dejan sujetar á los veinte años los caracteres débiles y amantes. Este recuerdo no le preservó de toda curiosidad, pero levantábase muy pronto en aquellas caídas pasajeras, más avergonzado de sí mismo y con un impulso más irresistible hacia el puro ideal de ternura que Blanca representaba á sus ojos.



Blanca los llamó desde la orilla (pág. 428)

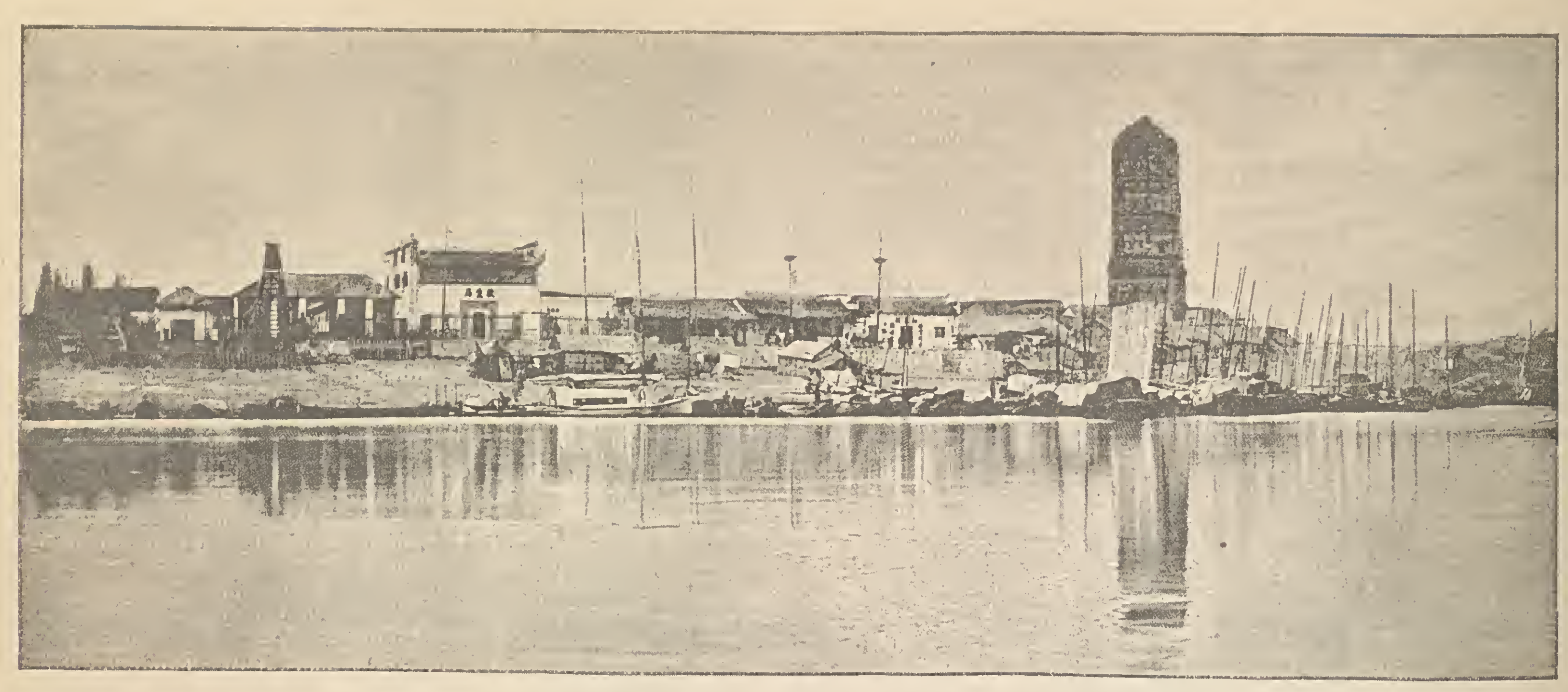
No había, pues, nada que temer de la divulgación de un proyecto definitivamente acordado, y Pedro no tuvo ninguna dificultad en conducir á Gilberto á casa de la marquesa de Fonfreyde.

Vivía ésta en la calle de Babilonia, en un antiguo palacio, cuya parte principal ocupaba; en el salón del piso bajo, frente á las altas ventanas que daban al jardín, hallábase instalada poco más ó menos como en el gran salón de Mareuil, de espaldas á la calle, lejos del ruido y del movimiento y sin participar de la agitación parisiense más de lo que hasta ella podía llegar por conducto de Blanca, que había cumplido ya diez y seis años.

Cuando los dos jóvenes se presentaron, la niña había salido; la marquesa los recibió con su acostumbrada bondad, habló de un baile de tarde ideado por Blanca, que invitaría á todas sus amigas, y rogó á Pedro y á su amigo que asistieran á la fiesta.

Gilberto se consumió en impaciencia durante toda la semana. ¡El domingo siguiente iba á ver de nuevo á Blanca de la Fonfreyde, y asistiría por primera vez á una fiesta del arrabal San Germán! Uno solo de estos acontecimientos hubiera bastado para trastornarle; temblaba ante la idea de parecer un intruso y ser como una mancha en aquel baile de señoritas, é imaginábase que estaría torpe y fuera de su centro. Lo que más temía eran las sonrisas irónicas de los jóvenes y de las señoritas, ejercitadas ya en todas las dificultades de la etiqueta, y conocedores de los preciosos secretos del saber mundano. Por eso se ensayaba ya en las actitudes, buscando las frases más propias al hacer su entrada, y prometíase ser sencillo, sin afectación de ningún género, para no caer en ridículo ante tan distinguida concurrencia.

(Continuará)



Vista de Vuhu, donde han estallado recientemente los desórdenes contra los cristianos en China

REBELIÓN ANTI-CRISTIANA EN CHINA

Nuevamente el telégrafo acaba de poner en conmoción á las cancillerías europeas. Del Extremo Oriente llegan noticias de carácter gravísimo, más acentuado por el laconismo de los despachos, asegurando que otra vez arde en rebelión el centro del imperio chino, levantado en fanática cruzada contra los misioneros europeos. Las tranquilas márgenes del río Yangtsee, el *Hijo del Océano* como le llaman los poetas chinos, son el centro de la nueva agitación, que merece ser estudiada, no sólo por la indudable importancia que para todos tiene, sino también porque hay allí ciudadanos españoles, hijos de nuestras órdenes monásticas, por cuya seguridad se abrigan actualmente muy serios temores.

Los movimientos anti-cristianos no son raros en el Celeste Imperio: datan de la época de la primera aparición en los puertos de comercio de los misioneros apostólicos, y se reproducen con insistencia periódica, sin que basten á evitarlos los tratados europeos y los edictos de las autoridades del país. Aquella sociedad, fanática más que religiosa, entregada á las supersticiosas prácticas de un budhismo formalista y grosero, sin fe en el alma ni convicciones en el cerebro, muévese fácilmente cuando piensa entrever una ingerencia extraña en sus usos, sus dogmas ó sus cultos. Y sus movimientos son tan irreflexivos como impetuosos: el torrente que desborda, la avalancha que rueda por los flancos de la montaña, el huracán que da alas al fuego, no causan los desastres de una conmoción popular china en una mañana de motín.

Los que hemos vivido largos años en el Celeste Imperio recordamos con frecuencia hechos de este género ocurridos en los últimos veinte años. Un día, en 1870, se levantó el pueblo de Tientsín contra los misioneros católicos. Estos, franceses de origen y de nacionalidad, se habían naturalmente amparado bajo la bandera de su cónsul; pero este acto, que en cualquier otro país hubiera impuesto respeto á las turbas, allá sólo sirvió para desenfrenar con mayor furia los odios de los revoltosos. El desastre fué terrible. Ardieron las casas de la misión; ardió el consulado de Francia, y tras éstos fueron invadidos, violados y destruídos casi todos los edificios europeos de aquel puerto. La bestia popular atacó á las personas, y no perdonó á una sola de las que pudo dar alcance. El cónsul, los frailes, once hermanas de la Caridad, tres ó cuatro extranjeros más, fueron las víctimas sacrificadas en un día de orgía. Y ¡detalle horroroso! entre estas víctimas se hallaban dos jóvenes recién casados que acababan de llegar de Francia en la mañana de aquel día, y debían salir al siguiente para Pekín, donde el marido ejercía el cargo de secretario de Legación: con ellos se cebaron de una manera encarnizada.

Diez años más tarde ocurrían desórdenes análogos en la provincia del Hunán, en cuya parte septentrional hay un vicariato español de frailes agustinos. Esta misión es de muy reciente origen, pues sólo data de 1878. En esta época se presentaron por vez primera en aquel remoto lugar nuestros regulares del Escorial, llamados por un venerable prelado español, á quien habían desterrado de la patria las revoluciones políticas sucedidas en el primer tercio del presente siglo. Monseñor Navarro, que así se llamaba el vicario apostólico, había abandonado en 1836 el incendiado convento de su lugar para refugiarse en Italia, de donde salía más tarde como simple misionero para evangelizar á los incultos habitantes del centro de la China. Con grandes esfuerzos consiguió crear una misión que dependía de Italia; pero al llegar al final de su jornada, sintiendo extinguirse con la juventud los ardores del entusiasmo, y convencido de que por falta de personal no progresaban sus cristiandades, volvió los ojos á España, pidiendo el auxilio de los padres agustinos, á los cuales ofrecía dividir su misión. Así obtuvieron éstos la parte septentrional de la provincia del Hunán, y aunque no tardaron mucho tiempo en presentarse en el nuevo campo de su actividad y de sus labores, tuvieron al llegar el primer desconsuelo de saber que el obispo Navarro acababa de morir.

Y empezó entonces el martirio de nuestros misioneros: lento y oculto primero, á la luz del día después, provocado por las intransigencias y los odios de los literatos y mandarines del distrito, que comenzaron por negarles la sal y el agua, por hacer el vacío en torno suyo, por prender y ocultar á los cristianos que les servían, y concluyeron por levantar en insurrección al pueblo de Yuen-chiang Shien contra la casa-iglesia y contra los frailes españoles. Fué invadida y saqueada la primera: éstos tuvieron que pedir á la obscuridad de la noche auxilio para la fuga, efectuada entre mil azares y peligros.

El gobierno español se preocupó muy seriamente por aquel atropello, que vulneraba los derechos consignados en nuestros convenios con la China, y decidió obrar con energía enviando á los sitios más próximos del lugar donde ocurrió un buque de guerra de la nación y un delegado especial que exigiera la reparación debida. Obtúvose ésta después de largas y pesadas negociaciones: lo que no se ha conseguido luego es asegurar la paz y la tranquilidad de aquella misión, muy combatida por múltiples circunstancias que no son del caso, y también alguna vez perjudicada por la inexperiencia de los mismos religiosos.

Estos odios de los chinos contra los misioneros católicos se han extendido ahora á toda la cuenca del río Yangtsee. Ignoramos aún el motivo de su explosión; pero es seguro que al ser conocido evidenciará una vez más la barbarie y la crueldad de aquellas razas asiáticas, mal encubiertas por el barniz de su antigua civilización. El movimiento de Tientsín en 1870 fué provocado por el rumor popular que propalaba la noticia de que en el asilo de huérfanos de las hermanas de la Caridad se mataba á los niños para sacarles los ojos y el corazón y hacer medicinas con estos órganos humanos. En 1880, en Yuen-chiang se aseguraba que los españoles eran monstruos con cabeza de acero, que comían arena, vivían en la mayor miseria y destrozaban los cuerpos de los moribundos para abonar los bosques de bananeros. Otra invención de este jaez habrá provocado ahora en todas las riberas del Yangtsee el movimiento, más grave porque comprende un sinnúmero de misiones, alejadas de los puertos de comercio y por lo tanto sin la efectiva protección que podrían dispensarlos las escuadras extranjeras.

La cuenca de Yangtsee tiene un número respetable de vicariatos apostólicos, servidos muchos de ellos por regulares lazaristas franceses: otros por frailes franciscanos italianos: uno por padres agustinos españoles y otro por regulares belgas é irlandeses. Cada vicariato abraza media provincia china, ya que ordinariamente éstas se hallan divididas en dos misiones; y hay que tener en cuenta que las 18 provincias de la llamada China propia, que ahora nos ocupa, tiene cada una de ellas la extensión y la población de nuestra vecina Francia. Puede así calcularse mejor que citando datos aritméticos la inmensidad del territorio de aquella región, en el cual vagan como perdidos esos misioneros que tan á duras penas consiguen agrupar en torno suyo pequeñas congregaciones de creyentes. Fijándonos sólo en la misión española, podemos afirmar que constando de un distrito mayor que la mitad de España, tiene sólo un personal de siete ú ocho misioneros, cinco ó seis capillas y unos quinientos neófitos.

Allí todo es pobre y miserable. El misionero debe renunciar á las mayores exigencias de la vida europea y resignarse á vivir como un indígena, con la pequeña retribución que recibe de su patria. Debe, además, socorrer á sus cristianos, muchas veces para que no le abandonen: cuidar del culto, satisfacer sus gastos, y obligar con presentes á los mandarines para que no le hostilicen. La abnegación y el sacrificio de aquellos pobres frailes no tienen límite: hay que verlos en la obra y pasar á su lado por todas las miserias é inconvenientes de su vida para comprender lo que ésta encierra de grande y heroico.

Pero su labor es estéril, y lo será mientras no cambien radicalmente las condiciones del pueblo chino. Allí nadie es capaz de moverse por ideales, ni de sentir la necesidad de una vida moral mejor, que tampoco se aviene con su constitución presente. Pueblo polígamo, como todos los del continente asiático, es inútil pedirle la restricción de sus goces materiales ni cantarle las excelencias de una familia, una mujer y un hogar. Es música que no entiende, y conducta que jamás practicará mientras tenga medios materiales de seguir otra contraria.

Así lo sienten los mismos misioneros cristianos, y en general se resignan á conservar los pequeños rebaños de sus comunidades, reuniéndolos los domingos en las pequeñas iglesias de los pueblos. Estas son edificios chinos sin ningún signo exterior que indique su destino: no se alza la cruz sobre la fachada, ni suena al lado la campana para congregar á los creyentes. Tan sólo en los sitios donde se disfruta de relativa tranquilidad se ve colgado junto á la puerta un gran tablero de madera negra con una inscripción en caracteres dorados que dice *Iesu Tang*, templo de Jesús.

En los campos abundan también las capillas cristianas. Los misioneros católicos han seguido la corriente poética que mueve á los naturales del imperio chino á admirar y cultivar las bellezas de la naturaleza. Allí donde los pueblos y ciudades son infectos depósitos de suciedad y porquería, los campos ofrecen en cambio el singular contraste de su hermosa vegetación, de sus tierras fertilizadas por las aguas

que nunca faltan y por el clima suave y dulce de las regiones templadas. Los labradores son muy aficionados á vivir agrupados en pequeñas aldeas ó caseríos junto á sus campos de cultivo, entre bosques de bambúes y de gigantescos sicomoros y acacias.

El suelo es llano, pudiéndose viajar días enteros por las provincias del centro sin ver una montaña en el horizonte. Esto ocurre porque todo aquel terreno está formado por los aluviones de los grandes ríos del Asia central en el transcurso de muchos siglos. Pero donde antes hubo una isla, que ahora es montaña ó cordillera unida al continente, el genio de los chinos se ha apresurado á levantar en ella templos y monasterios, consagrados á la religión nacional. Y más que en parte alguna, tal ocurre en la cuenca del Yangtsee, en donde se ven los famosos templos de la Isla de Oro, los de los Dos Hermanos y tantos otros situados en sitios pintorescos como quizá no se encuentren en Europa.

Los católicos han seguido el mismo sistema, edificando iglesias y capillas en los montes, que la idea popular rodea de cierta natural veneración. Recuerdo que durante los últimos tiempos de mi permanencia en China, presa de fuertes calenturas que no acertaba á curar, fuí aconsejado que pasara una temporada en las alturas de una montaña para ver si el cambio de aires modificaba mi dolencia. Un buen fraile lazarista me ofreció el asilo de su misión en la cima de una sierra vecina á Kiukiang, y allá fuí para disfrutar durante quince días el espectáculo más hermoso que la naturaleza puede ofrecer con sus naturales bellezas. Pobres y humildes eran los edificios chinos que se agrupaban en torno del templo; pero el inmenso bosque, los árboles seculares, el arroyo que se deslizaba al pie de la casa, la poesía del estío, su amenidad y su frescura, se grabaron en mi mente en indeleble recuerdo, avivado ahora por la triste noticia de que este pintoresco sitio ha sido uno de los primeros que la reciente rebelión ha destruído é incendiado.

El motín estalló en Vuhu, en los primeros días del último mes de junio. Este puerto es uno de los más importantes dentro del río Yangtsee, por estar situado cerca de los distritos productores de te, cáñamo y arroz. Es además ciudad industrial, pues en ella se fabrican las cuerdas rojas usadas en todo el imperio, cuchillos y objetos de acero de inferior calidad, y en sus inmediaciones se hallan las fábricas que producen el mejor papel chino para escribir y dibujar, hecho con la corteza de los árboles de sebo y morera y con paja de arroz. La ciudad tiene aspecto muy especial vista desde el río, porque domina la línea baja de sus monótonas construcciones una antigua pagoda budhista, desmantelada por las pasadas guerras civiles del imperio. En su recinto se albergan los literatos más fanáticos, y ellos han sido, con sus predicaciones por las calles y sus proclamas fijadas en los muros, quienes han iniciado el movimiento popular contra los cristianos, que con la rapidez del rayo se ha extendido por el Sur á la región del lago Poyang, y por el Oeste á las provincias de Nganvuci, Hunán, Hupéh y quizás Kucitcheu.

Ha ocurrido lo de siempre: asaltos, incendios, destrucciones de edificios y asesinatos. Hasta ahora se ignoran el número y la calidad de las víctimas, porque hasta los puertos exteriores del río sólo ha llegado el rumor de los sucesos, sin poderse precisar aún sus efectos. Pero el hecho es más grave ahora, porque no sólo los mandarines y autoridades han hecho causa común con el pueblo sublevado, sino que se han unido á los revoltosos las tropas imperiales enviadas para castigarlos. La alarma provocada por esta noticia ha hecho concentrar en los mares de la China todas las naves de guerra extranjeras que se hallaban en la costa occidental del mar Pacífico; y nosotros, que también en esta ocasión hemos procedido con gran actividad, tenemos en las aguas del Yangtsee un crucero nacional, que á la hora presente debe hallarse junto á la misión española en el puerto de Hongkeu, y no de Hongkong como han escrito equivocadamente todos los periódicos.

Y de esta misión española no se tienen aún noticias concretas. Se sabe que ha estallado también la insurrección en su distrito, pero se ignora si entre los frailes agustinos ha habido alguna víctima. ¡Quiera Dios que nuestros marinos hayan llegado á tiempo de salvarlos!

EDUARDO TODA

NOTICIAS VARIAS

EL PORTE DE LAS CARTAS EN EL JAPÓN. – Cuando comparamos lo que cuestan actualmente los portes de las cartas con lo que costaban no hace mucho tiempo, sorprende en verdad la baratura que en este servicio se ha logrado. Tenemos, por ejemplo, la tarjeta postal que por diez céntimos nos permite comunicar con comarcas situadas á centenares de leguas. Y aun en el interior de Inglaterra la tarjeta postal cuesta solamenre medio penique, ó sean aproximadamente cinco céntimos.

Pero en donde los portes postales alcanzan una baratura superior á cuanto podamos imaginar es en el Japón: en efecto, una carta puede atravesar todo aquel imperio mediante dos *sen*, suma equivalente á algo más de medio céntimo, y esto es tanto más asombroso cuanto que el Japón es un país sumamente montañoso, dotado de pocas vías férreas y en donde por los caminos ordinarios no pueden á menudo pasar vehículos de ninguna clase. El servicio de correos está generalmente confiado á peatones muy diligentes que ganan un jornal muy mezquino, como todos los japoneses, cuya sobriedad es proverbial.

***

UNA SONDEADURA INTERESANTE. – Una compañía americana que se dedica á la explotación de la nafta posee un pozo de un kilómetro de profundidad y 18 centímetros de diámetro que ha atravesado ya espesas capas de hulla, de cuarzo aurífero, de hierro y de otros metales. Cuando este pozo habrá alcanzado una profundidad de 1.500 metros, será explotado, según se dice, por las autoridades americanas que acometerán la empresa de hacer la sondeadura más profunda de cuantas hasta el presente se han llevado á cabo y seguirán profundizando hasta que se haga imposible continuar la operación.

Este experimento se realizará con un fin científico y durante él se anotarán los hechos interesantes, se recogerán muestras de todas las capas atravesadas desde que se comenzó á abrir el pozo para reconstituir la superposición de las capas geológicas: con los resultados obtenidos, las muestras recogidas y las observaciones hechas, se organizará en 1893 una exposición especial en Chicago.

***

LA CREMACIÓN DE LOS CADÁVERES EN PARÍS. – En el cementerio del Este de la capital de Francia se ha instalado recientemente una nueva estufa que funciona de continuo, de modo que puede ponerse en actividad al momento de llegar un cadáver: además está dispuesta de modo que pueden ser incinerados tres cadáveres á la vez. Consiste la estufa en una cámara abovedada en donde se verifica la cremación; en un mecanismo para aprovechar el calor de las evaporaciones y en un horno para producir el gas generador necesario á la cremación. Este, al arder, pone las paredes de la cámara á una temperatura de 700 á 800 grados, merced á la cual la incineración del cadáver se realiza en muy poco tiempo.

Esta estufa consume unos 720 kilogramos de cok cada 24 horas: para una incineración bastan de 35 á 40 kilogramos. Entre una incineración y otra de cadáver utilízase la estufa para la cremación de los restos humanos procedentes de las salas de disección de París.



¡SIN PÁJARO! ¡POBRECILLO!, estatua en bronce de D. Torcuato Tasso, fundida en los talleres de los Sres. Masriera y C.ª
(Exposición general de Bellas Artes de Barcelona)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año X — Barcelona 6 de julio de 1891 — Núm. 497

LA PIEDRA RÚNICA



1 — El sabio arqueólogo don Timoteo sale al campo en busca de antigüedades.



2 — Fatigado de su excursión tan pesada como infructuosa entra en la taberna del lugar para tomar un refrigerio.



3 — De repente ¡oh asombro! descubre en la piedra que le sirve de mesa una inscripción en preciosos caracteres rúnicos,

(Continúa en la pág. III)

(Véase la pág. II)

LA PIEDRA RÚNICA



4 — y tras mucho porfiar con el tabernero, que parece tener en mucho la peregrina piedra, logra que se la ceda por un buen puñado de doblones.



5 — Al día siguiente la traslada con las necesarias precauciones á su casa.



6 — y después de hacerla limpiar cuidadosamente



7 — invita á sus colegas de Academia á que admiren su importante hallazgo.

(Continúa en la pág. IV)

(Véase la pág. III)

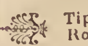
LA PIEDRA RÚNICA



8 — Y mientras los sabios en solemne banquete celebran el descubrimiento que abre nuevos horizontes á la ciencia histórica,



9 — el tabernero invita á sus amigos á beber á la salud del ente extravagante que á tan buen precio le ha pagado la piedra... donde con signos convencionales apuntaba las copas que le quedaban á deber sus parroquianos.


Tipografía LA ACADEMIA
Ronda-Universidad, 6; Barcelona
